# BALLET COSMICO

CURTIS GARLAND

BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

La conquista del
ESPACIO

## ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

20 – Nunca se muere, *Lucky Marty*.
21 – La piel de la serpiente, *Glenn Parrish*.
22 – Yo, Lázaro, *Curtis Garland*.
23 – Las lunas de Yac, *Peter Debry*.
24 – El agujero en el universo, *Glenn Parrish*.

# CURTIS GARLAND

# BALLET CÓSMICO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 25
Publicación semanal
Aparece los VIERNES

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 47.973 - 1970

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1971

**© Curtis Garland - 1971**
Sobre la parte literaria

**© Miguel García - 1971**
Sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1971

## Primer Libro

## LA NAVE

### CAPITULO PRIMERO

El pueblo contaminado miró hacia lo alto.

El pueblo contaminado vio partir la nave.

La nave.

Era como una simple estela de luz, perdiéndose hacia el infinito. Hacia un mar negro, hecho de centurias de tiempo, y de remotas estrellas de luz, de materia y de energía.

Primero, había sido un centelleo, un ramalazo fugaz de esplendor, allá en el firmamento. Luego, una chispa lejana, evasiva y huidiza.

Los contaminados se miraron en silencio. El patriarca se persignó, incluso. Algunos le imitaron. Otros, se encogieron de hombros. La mayoría no hizo nada. Sólo mirar. Mirar a la luz. Mirar a la nave...

La nave lejana, difusa, perdida ya en la distancia, entre miríadas de parpadeos luminiscentes, en el océano inmenso de la oscuridad eterna, sin límites ni forma.

—Ellos se van —dijo uno.

—Sí. Tuvieron suerte —opinó otro.

—Suerte... ¿Quién sabe dónde está la suerte? —dudó éste.

—Sí, ¿quién lo sabe? —apoyó aquél.

Hubo un silencio. Uno más. La vida, su vida, estaba hecha de silencios. El mundo, su mundo, también era silencio. Hacía décadas de ello. Silencio. Siempre silencio. Alrededor del pueblo. Y en el pueblo. Y en las chozas. Y en ellos... Sobre todo en ellos.

Ellos...

Ellos, los contaminados. Los olvidados. Los condenados.

Quedaba poco. Poco para el fin. Muy poco. Ya no había nacimientos. Las mujeres no alumbraban criaturas. Los animales habían ido desapareciendo. Tampoco ellos eran capaces de parir. La hembra de la especie era yerma, estéril. El hombre agonizaba en su pasiva impotencia.

Y arriba, luces. Estrellas. Manchas luminiscentes, que eran galaxias, nebulosas, mundos perdidos en la eternidad de límites ignotos.

Y una luz. Una sola, seguida por todos. Mitad estrella, mitad cometa. Como una chispa azul fundiéndose en distancias inaccesibles.

Uno alzó sus manos al cielo; otro, lloró apagadamente. Este musitó una oración entre dientes; aquél se limitó a inclinar la cabeza y mirar a la tierra calcinada. El patriarca les miró, comprensivo. Ni un

reproche, ni una censura. ¿Para qué? ¿Por qué?

Eran arranques patéticos. Eran momentos de debilidad. El hombre era débil. Siempre lo había sido. Ahora más que nunca.

Después, la luz se extinguió. O lo pareció. Dejó de ser visible al menos para ellos. La chispa remota se hizo sombra. La claridad se hizo tiniebla. La nave se perdió en el espacio y en el tiempo, en la distancia y en el infinito.

Lentamente, muy lentamente, iniciaron el regreso a sus casas. Como fantasmas. Como espectros trémulos y vacilantes. Como simples sombras humanas, sobreviviendo por un prodigio inexplicable en el mundo silente, negro, carbonizado y tétrico.

Regresaron a sus chozas rudimentarias, allá entre ruinas negras, pétreas, alucinantes.

El silencio volvió a caer, a pesar.

El silencio. Siempre el silencio...

—Tengo sueño —dijo uno.

—Y yo hambre —suspiró otro.

—Estoy cansado —comentó éste.

—Tengo miedo —concluyó estremeciéndose aquél.

Los demás se volvieron. El patriarca tembló. Sus ojos brillaron con humedad de lágrimas cuajadas y luz de fiebre. Mujeres de pelo gris y lacio, de rostros ascéticos y tristes, giraron sus facciones enjutas y sumidas hacia el que se atreviera a pronunciar la palabra. Aquella palabra dolorosa, hiriente, temible, estremecedora...

Miedo.

—Miedo... —la voz del patriarca no tembló, sin embargo. Era ahogada y profunda, era serena y ácida a la vez. Era autoritaria y humilde a un mismo tiempo. Repitió, entre dientes, irguiendo su noble, solemne figura de nuevo Moisés o de renovado Abraham—: Miedo...

Y su mirada era como un reproche, su sonrisa como una queja, su gesto como un lamento nunca pronunciado.

—Perdón... —Aquél bajó la cabeza. Respiró hondo—. No debí decirlo...

—No. No debiste decirlo —sentenció el patriarca.

Otro de aquellos silencios. Lento arrastrar de pies sobre la tierra negra, la ceniza y los brotes negruzcos, el suelo que una vez fue hierba y verdor, y fruto de la tierra. El suelo que ya no era nada ni nunca sería nada. El suelo maldito, aplastado y yermo como ellos mismos.

—De todos modos, es cierto —dijo la voz de otro—. Tenemos miedo, señor.

Era como un grito, como una protesta o un lamento. Una rebelión en suma. Pero el patriarca no se inmutó. Agitó su canosa cabeza de

largos cabellos. Afirmó despacio.

—Es cierto —admitió—. Tenemos miedo. Siempre se tiene miedo. Cuando se nace a la vida, cuando se tiene conciencia, se teme el futuro, la vida misma. Cuando se va a morir, se siente ese mismo miedo.

—Y nosotros vamos a morir —jadeó éste.

—Vamos a morir, señor —se lamentó uno—. Y no podemos evitarlo...

—Nadie puede evitar la muerte. Nunca se pudo hacer nada por evitarlo —sonrió tristemente el patriarca—. Está escrito en el libro del destino de cada hombre; se nace, se vive y se muere, como todo lo que la Naturaleza produjo.

—¡No quiero morir! —sollozó uno—. ¡Soy muy joven aún, señor! Apenas conocí la vida...

—Eso es verdad, hijo —le miró paternalmente—. Pero yo nada puedo hacer. Sólo te llevo la ventaja de mis años. No pedí vivirlos, pero así ocurrió. Tú debiste vivir más tiempo, hijo. Todo el mundo debería vivir lo justo, al menos, para saber lo que es la vida para empezar a preguntarse por qué vive, aunque nunca encuentre respuesta.

—Y yo he de limitarme a preguntar al silencio, al vacío, a la noche, a la nada, por qué muero... —gimió uno—. Sin que jamás encuentre respuesta tampoco.

Se apoyó en unas rocas negras como basalto, tersas como ónix. Alguna vez habían sido algo: monumentos grandiosos, monolitos, símbolos de poder, de gloria humana, de grandes políticos, dirigentes, figuras supranacionales, acaso benefactores de la Humanidad doliente. Ahora no eran nada. O casi nada. Sólo rocas negras, de atormentado perfil.

—No es justo —sollozó otro—. ¡No es justo! Nosotros no pedimos esto, señor. ¿Por qué sucedió así? ¿Cómo empezó?

El patriarca escuchaba. Escuchaba sin alterar su gesto ascético, de esfinge o de figura bíblica. Dio unos pasos. Un seco, helado viento del gran desierto que era el planeta aniquilado por el hombre, agitó sus ropas, puros jirones grises y desvaídos en torno a un cuerpo enjuto, estirado y altivo.

—Cómo empezó... —su voz era amarga, su perplejidad manifiesta—. Si lo supiera, Dios mío... Si lo supiera... Supongo que comenzó como comienzan siempre todas las cosas. Estúpidamente. Sí, estúpidamente. Nunca el hombre fue más estúpido y ciego en toda su vida... Ni siquiera supo lo que hacía. No fue éste o aquél, no fueron unos u otros. No. Fueron todos. Todos tuvieron la culpa. Todos tuvimos la culpa. Unos por hacerlo. Otros, por consentirlo pasivamente.

—Y ahora...

—Y ahora este es el resultado. Este es el fin... —señaló a su alrededor con ademanes sobrios, pausados, severos—. Nuestro fin, hijos. Pero eso ya lo sabemos. Lo supimos siempre, desde el mismo principio del fin. No debemos quejamos. No hay por qué llorar, ni por qué jurar, lamentarse, maldecir... Sólo hay que pedir a Dios que todo termine así; plácidamente, casi sin darse uno cuenta...

—Dios... —masculló aquél—. ¿Habrá sobrevivido el propio Dios a semejante horror, a todo este holocausto?

—Dios siempre sobrevive —sentenció el patriarca—. No digas locuras, hijo. Dios forma siempre parte de lo que queda, de lo que pervive... Vamos ya. Es tarde. Hay que descansar.

Habían llegado al pueblo. Se diseminaban hacia sus chozas. Solamente uno se quedó ante el patriarca. Y miró al cielo. Miró a los astros lejanos, sobre el páramo eterno del planeta oscuro.

—¿Y... y la nave, señor? —indagó, inseguro.

—La nave... —suspiró el patriarca, escudriñando en vano la distancia, los límites insondables de la bóveda celeste—. Dios querrá que llegue a alguna parte en el universo, a algún punto en el cosmos. Tengo fe en ello. Como la tendrían ellos al elevarse al subir hacia los astros...

—¿Servirá de algo?

—Espero que sirva. Alguna vez, el hombre aprenderá la gran lección. Este puede ser ese momento. Ahora o nunca, hijo. Ellos son la esperanza, el futuro de la especie. Pero depende todo de sí mismos. Hay que confiar en que no vuelvan a empezar, en que lo que se inició con Adán y Eva, con Caín y Abel, no se repita una vez más hasta sus últimas consecuencias.

—Sí, yo espero que ellos consigan alguna cosa por la que todo esto haya valido la pena —musitó uno. Luego, meneó la cabeza lentamente—. Pero, ¿por qué ellos? ¿Por qué precisamente ellos... y no nosotros? ¿Por qué nosotros hemos tenido que ser... los contaminados?

El patriarca se encogió de hombros. El viento jugueteó de nuevo con sus jirones grises de viejas ropas, las últimas ropas de la Humanidad, encima de los últimos cuerpos humanos que sobrevivirían al caos. Viento seco, frío, pero a veces singularmente ardiente en su caricia áspera y cruel sobre la piel humana cubierta de llagas, de llagas que siempre progresaban, en implacable avance victorioso hacia las tinieblas de la muerte, con aquel puñado de míseras criaturas perdidas en el planeta sin luz, sin vegetación, sin agua, sin vida...

—Siempre fue así —suspiró el patriarca—. Siempre hubo unos que se quedaron, otros que partieron... Unos mueren, otros sobreviven...

Sólo hay que esperar que ello sirva de algo, que conduzca a algo. Y la fe, hijo, es lo único que nos queda ya. Ni siquiera la fe en nosotros mismos, sino en los demás. Vamos ya. Hablamos demasiado esta noche. La nave ha partido. La nave está ya camino de otro lugar en el espacio. Nosotros tenemos que dormir.

—Dormir... ¿Acaso para siempre?

—Acaso —la sonrisa del patriarca no fue triste, sino resignada, casi dulce—. Un día dejaremos de despertar y sobrevivir, esperando lo que tenga que llegar. Ese día es que todo habrá pasado para nosotros. Pero la nave estará allí en lo alto. La nave estará en alguna parte, buscando algo, encontrándolo quizá... Vamos, hijo. Vamos ya...

Asintió su interlocutor. Las dos últimas, tristes, cansadas figuras, se movieron perezosamente hacia sus respectivas viviendas oscuras, míseras, rudimentarias, perdidas en el amasijo de parecidas chozas diseminadas en la triste llanura negruzca y árida.

Solamente aquel hombre alto, majestuoso, de cabellos largos y blancos, de rostro macilento y cansado, padre y guía de todos ellos, de los pocos, de los contaminados, permaneció todavía unos instantes en el umbral de su mísera vivienda, elevó sus febriles ojos al firmamento, que desparramaba sobre ellos astros y luminarias celestes, y se preguntó a sí mismo, o acaso preguntó al propio cielo cósmico en voz alta, cuajada de interrogantes, de esperanzas y también de dudas y temores:

—Señor, Señor... La nave... ¿Llegará alguna vez a alguna parte? ¿Habrá valido la pena todo esto?...

Y como el cielo cósmico no daba ninguna respuesta, el patriarca del pueblo contaminado se adentró en la oscuridad miserable de su choza a dormir y esperar.

A esperar un sueño más duradero y tranquilo, sin llagas ni torturas, sin hambre ni sed, sin miedo ni angustia.

El sueño del mundo. El sueño de todos.

De todos..., menos unos pocos. Aquellos pocos sin contaminar. Aquellos pocos que iban en la nave, perdiéndose como una chispa más de luz, entre billones de luces estelares...

# CAPITULO II

La nave.

La nave y ellos trece.

Trece. Justamente trece. Tres mujeres. Diez hombres. Trece, cifra total.

Siempre había sido una cifra de mal augurio. Las remotas supersticiones del hombre, eterno asustado de su propio destino, condenaban aquella cifra maldita, como símbolo de infortunio y de adversos influjos.

Ahora parecía distinto. Al menos para ellos. Para cada uno de los trece cosmonautas, la cifra era perfecta. Ideal. De haber sido doce... posiblemente él —o ella— no iría en aquella nave. Estaría abajo. Con los otros. Con los olvidados, los condenados. Con el pueblo contaminado.

La nave...

Había sido todo tan fácil, que les hubiera hecho felices de haberlo podido advertir plenamente. Pero no. No era ésa la circunstancia. No eran ésas las normas de a bordo.

Sólo el comandante de la nave lo supo. Sólo él. Y todo fue muy rápido. Apenas salieron de la órbita terrestre, a la supervelocidad de la energía iónica, la droga surtió su efecto, y el sistema de hibernación automático le encerró en su cápsula individual para el sueño en suspensión, que podía durar días, meses, años o siglos.

Héctor supo que lo habían logrado. Lo supo y sonrió feliz, radiante, lleno de esperanzas, de fe.

Luego, le invadió el sopor. Se durmió. La urna plastificada, hermética, descendió, movida por el sistema electrónico de las computadoras, programadas minuciosamente antes de la partida.

Se quedó dormido. Dormido por tiempo indefinido. La nave estaba ya fuera de la órbita planetaria de su mundo. Se alejaban hacia el espacio sin límites, hacia las estrellas. Los otros doce dormían su sueño artificial, en el clima gélido y aislante de sus respectivas cámaras de suspensión.

Si algo fallaba en el viaje, jamás despertarían. Jamás. La muerte llegaría en sueños. Y sería un sueño de eternidades.

Si todo iba bien, un día, en el futuro inmediato o remoto, el programador señalaría el momento adecuado, la computadora emitiría las órdenes pertinentes desde sus nervios y células electrónicas, y en la nave, trece seres humanos despertarían a una vida nueva y diferente, muy lejos de su suelo nativo. Muy lejos de todo y de todos...

La nave seguía, seguía su rumbo fijado. Los delicados, complejos aparatos de a bordo, el mecanismo de control y dirección actuaban por sí solos. El hombre no era necesario ya, en tanto no fallara algo de lo cibernéticamente calculado y medido de manera rigurosa. Todo estaba previsto en aquel viaje. Absolutamente todo. Sólo una catástrofe insospechada podía romper el equilibrio técnico y científico de la nave.

En cuanto al elemento humano..., su misión era a más largo plazo. Cuando el viaje estelar tuviera su destino, su conclusión definitiva. Entonces empezaría su propia responsabilidad.

Por ahora todo iba bien. La nave se movía por el sistema solar. Su destino distaba mucho de ser Marte, Venus, Saturno o cualquier otro cercano planeta. Posiblemente era preciso abandonar el sistema solar en busca de un cuerpo celeste ideal.

Y ésa era la misión exacta de la nave y sus trece tripulantes.

Ese era el objetivo de la gran expedición cósmica: hallar un mundo idóneo para la especie humana. Un lugar donde sobrevivir, sencillamente.

No pedían más que eso. Nada menos que eso...

La nave, accionada por el gran computador, seguía adelante, siempre adelante.

La ruta estaba programada, los incidentes o dificultades previstos, y los sistemas de emergencia y seguridad de a bordo, movidos en todo momento por delicados y múltiples impulsos electrónicos, no podían fallar en modo alguno, conforme al cálculo de probabilidades de los diseñadores del sistema de navegación del vehículo espacial. La tecnología era lo bastante perfecta como para asegurarlo así.

Sin embargo, el riesgo, aunque mínimo, existía siempre.

Y ese riesgo, de presentarse, podía no sólo extinguir el viaje de la nave, sino trece vidas humanas con él.

Trece vidas particularmente importantes para el futuro de la especie humana.

Trece vidas que eran las últimas.

Las últimas no contaminadas. Las últimas capaces de iniciar una nueva Humanidad en cualquier rincón asequible del universo.

*

La nave seguía su rumbo, inmutable como la marcha misma de los astros que la rodeaban, convertida al parecer en un elemento más dentro del inmenso conjunto armónico del cosmos.

La nave sobrepasaba cinturones magnéticos, franjas de asteroides, planetas y satélites...

Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, Plutón incluso...

Los límites del sistema solar estaban ya ante la forma plateada y brillante de la esbelta estilizada nave...

Y seguía adelante. Seguía, hendiendo el océano negro del infinito sideral. En su singladura hacia los remotos confines donde sus sistemas detectores captasen el mínimo de espacio vital, de suelo productivo, de agua y de airé respirable, capaces de darles el nuevo paraíso terrenal, tras su éxodo, en una extraña y alucinante transposición de momentos bíblicos que eran como la confusa repetición de las escrituras en otro tiempo y espacio...

La nave avanzaba, avanzaba siempre, perdida aparentemente en la inmensidad del cosmos. Con sus trece pioneros a bordo. Con sus trece sobrevivientes al gran caos terrestre. Con tres mujeres y diez hombres, en un letargo helado e insensible, que los arrancaba al tiempo y espacio de su humana condición perecedera.

La relatividad del tiempo en el universo, se unía así a un inexistente tiempo para los humanos iniciadores de una gesta suprema por la supervivencia de la criatura humana en el ámbito de la creación.

Si ello iba a servir de algo, estaba aún por ver. Pero allí, a bordo de la aséptica y poderosa nave cósmica, los trece seres dormían su sueño de esperanza en el futuro. Un futuro que podía estar en cualquier lugar, en cualquier instante. Vecino a la Tierra, o cercano a las estrellas. Próximo en el tiempo, o perdido en la noche infinita de los siglos.

La nave seguía. Seguía siempre...

A bordo sólo había un sonido constante: el zumbido de los sistemas electrónicos, de los circuitos en funcionamiento sin reposo. Y sólo una forma de vida: la tecnológica del gran computador, en cuyas manos estaban las trece últimas vidas humanas.

Mientras tanto, allá abajo, en el tiempo terrestre, habían pasado años, lustros, décadas.

Y ya no quedaba nadie. Ni nada.

Solamente suelo yermo extensiones calcinadas, viento helado y silencio.

Y cuerpos. Cuerpos devorados por las llagas de la contaminación. Cuerpos sin vida, resecándose en los páramos sin límites, momificados en un horror final, sin siquiera gusanos o podredumbre capaz de sobrevivir para el gran festín final...

La nave, solamente la nave, quedaba ya del planeta tierra y del orgulloso ser llamado hombre, que un día se creyó amo de la creación.

*

Galaxy acusó el fallo.

En seguida. Inmediatamente de producirse. Galaxy estaba programado minuciosamente, y su tarea era compleja y variada. Desde controlar la nave, dirigirla, conservar la atmósfera, gravitación y temperatura interiores, hasta mantener el perfecto sistema hermético de las trece cápsulas que acogían a otros tantos cosmonautas a bordo, pasando por aquella especial y delicada labor de acusar cualquier fallo, cualquier imprevisto.

Por eso Galaxy cumplió su misión. En el acto.

Su sistema de emergencia funcionó con matemática precisión. Una voz electrónica de alarma, movilizó sus recursos programados. Pero ninguno de éstos era válido para aquella situación.

No se trataba de enmendar el rumbo, de disminuir o aumentar la velocidad, de resolver una avería mecánica o de enmendar un fallo humano que pusiera en peligro la suerte de la nave.

No. Era más que eso. Mucho más. Era diferente a eso. Muy diferente.

Galaxy, dócilmente, apeló a sus programadores especiales de suprema urgencia. Y descubrió que la única posibilidad estaba allí archivada, en su poderoso y amplio cerebro electrónico.

Con la fría serenidad de la máquina, leyó esa posibilidad, perdida entre millones de reacciones y procedimientos registrados en sus archivos de programación:

«Despertar a los cosmonautas»

«Despertar a los cosmonautas». Era la única salida. Galaxy no pensaba. A una máquina, por perfecta que fuese, no le estaba permitido pensar por sí misma. La programación cibernética no llegaba a tanto.

De modo que no dudó ni se preguntó si aquello era prudente o no. Sencillamente, lo hizo.

Y para hacerlo era preciso reactivar el calor natural en las cápsulas individuales de hibernación. Era necesario inyectar aire respirable normal en ellas, y hacer funcionar de nuevo el tiempo para los trece seres de a bordo.

Eso... o dejar que la nave fuera al desastre.

Galaxy no sintió remordimientos por interrumpir un sueño que podía ser de siglos. Un computador no tiene sentimientos tampoco. Sólo circuitos, cables, mecanismos complejos y diversos. Sin otro cerebro que el creado por el hombre. Sin corazón ni sensibilidad.

Su programación pasó automáticamente a los sistemas de acción sobre el personal de a bordo. Sensibles ondas magnéticas activaron nuevamente los cerebros dormidos. Los cuerpos humanos volvieron

lentamente de su letargo. Muy lentamente. Las tapas de sus cápsulas respectivas se deslizaron suavemente, la gélida temperatura se fue modificando de modo paulatino.

Al final despertaron. Uno a uno. Por orden rigurosamente establecido en la programación electrónica.

El primero tenía que ser el comandante. El hombre encargado de dirigir la nave hacia su destino: Héctor.

Héctor despertó. Su primera impresión fue de estupor y desorientación. La segunda, de esperanza. La tercera, de inquietud.

Esperanza en haber llegado a alguna parte. Algún rincón planetario donde los sistemas de análisis situados en la superficie externa de la nave hubieran detectado atmósfera respirable y suelo adecuado a la supervivencia humana, datos que, pasados a los computadores interiores, determinarían que éstos pusieran en funcionamiento, no sólo el sistema de despertarles de su helado sueño, sino también de posar suavemente la nave en el planeta designado, o hacerle girar en órbita adecuada en tomo a él.

Pero nada de eso sucedía. Héctor lo supo inmediatamente. Le bastó mirar a una de las numerosas pantallas en círculo, situadas frente a su cápsula de hibernación, y descubrir en ella datos negativos por completo, indicaciones de marcha de los motores iónicos, velocidades y demás informes técnicos de la marcha del viaje.

Seguían viaje, eso era indudable. El detector de averías mostraba su pantalla fluorescente en blanco. ¿Qué sucedía entonces para ser despertados bruscamente?

Preocupado, miró a los demás compañeros, alineados en tres filas de cápsulas transparentes y horizontales, suspendidas en las curvas paredes blancas, plásticas, del interior del vehículo espacial.

Todos iban despertando, uno a uno; Nadia, Perth, Coplan, Alexis, Alpha...

Todos. Por el riguroso orden establecido. Era el retomo a la vida.

Héctor frunció el ceño. Pensó lo peor.

—Galaxy... —musitó—. Acaso una avería...

Cruzó hacia los controles de emergencia. Pulsó una serie de botones de diversos colores y formas. Aparecieron letras rápidas, luminosas, en una pantalla de información automática del computador:

«Sin averías mecánicas. Galaxy funciona perfectamente. No hay fallos técnicos a bordo.»

Escueto y preciso. No cabía error. Los programadores no se equivocaban. No hasta ese punto.

Pero si todo iba bien...

—Entonces, ¿por qué? —masculló Héctor—. ¿Por qué despertarnos a todos?

—Sí, ¿por qué? —sonó a su espalda la voz de Alpha.

Se volvió Héctor. La rubia y majestuosa belleza femenina de Alpha, destacaba en su brillante y funcional atavío espacial, liviano y estilizado, color magenta. Los colores eran diferentes en todos los casos. Podían evitar errores de identificación, siempre que existiera luz allá adonde fueran. El tejido era luminiscente en la oscuridad, y haría el resto si carecían de iluminación adecuada.

—No sé lo que sucede —suspiró el comandante. Pulsó otras teclas, rápido y seguro, en tanto los demás cosmonautas se aproximaban, formando cerco en torno suyo, a la expectativa.

En la pantalla aparecieron nuevas palabras informativas:

:

«Situación de emergencia imposible de controlar por medios técnicos.

«Imprescindible despertar a la dotación.»

Se miraron todos, perplejos. Galaxy informaba minuciosa, fríamente. No parecía haber fallo alguno en los elementos mecánicos del computador. Pero, ¿por qué acabar con su hibernación?

—Será preciso preguntar qué ocurre exactamente —señaló con voz grave Alexis, acercándose a Héctor e inclinando su cabeza sobre la pantalla visual de los mandos.

—Sí, será preciso —afirmó Héctor secamente. Se volvió a Perth—. Amplía la pantalla de observación exterior, por favor.

—Sí, señor —afirmó Perth, pulsando unos mandos.

En el muro frontal se iluminó una pantalla de televisión exterior. El color negro y azul del espacio infinito, apareció ante ellos. Nebulosas y estrellas formaban una pasmosa sinfonía impresionante, sobre el vidrio fluorescente.

Héctor soltó una imprecación de extrañeza. Señaló al fondo de la pantalla.

—Aquello parece el sistema solar —dijo roncamente—. Pero no es posible.

No, no era posible. Aquella mancha remota de luz, en la distancia inverosímil, no podía ser su sistema solar. No podía ser.

—Tenemos que estar más cerca de la Tierra y de los demás planetas solares, Héctor —señaló suavemente Nadia. Le mostró una tabla de cálculos matemáticos hechos por la computadora y revisados velozmente por ella, con su fría eficiencia de experta en la materia—. Llevamos solamente diez años de vida terrestre en ruta. Año y medio exactamente tardó la nave en sobrepasar la órbita de Plutón, conforme a los datos previstos[1].

—De modo que ahora, siguiendo a un mismo ritmo de marcha, tendríamos que estar en un punto situado, aproximadamente, a cinco veces la distancia de Plutón a la Tierra, con respecto a los límites de nuestro sistema solar —señaló Héctor, pensativo—. Esto es, treinta mil millones de kilómetros en cifras redondas.

—Más o menos —sonrió Nadia, como divertida por los cálculos a grosso modo de su jefe y comandante—. Lo cierto, Héctor, es que en esa pantalla la imagen que se ve de nuestro sistema solar, dista mucho de ser la que debería de verse desde un punto situado a esa distancia.

Héctor no contestó. Estaba pulsando teclas para obtener información del computador de a bordo. Entretanto, Alexis se había aproximado, con aire excitado, a la gran pantalla visual, y contemplaba todo aquello, como intrigado. Especial atención le merecía la nebulosa luminiscente, la vaporosa nube de brillo blancuzco, lechoso, que formaba el fondo de la imagen sideral en el televisor externo.

Luego, de repente, lanzó la revelación asombrosa:

—Esperad —jadeó—. Eso... eso no es nuestro sistema solar.

Los demás le miraron con sorpresa. Héctor ni siquiera se volvió para hacerlo. Ni hizo comentario alguno, salvo una afirmación con voz ronca, fija su vista en la pantallita de información electrónica:

—Alexis tiene razón. No es nuestro sistema solar, sino toda nuestra galaxia. Y aquella doble mancha a la derecha, son las nubes de Magallanes. Vean esto...

Hubo exclamaciones de estupor, voces vivas y excitadas. Todos los rostros se inclinaron sobre la pantalla informadora.

Leyeron los fríos datos del computador, como si hubieran recibido un mazazo demoledor e insólito:

«Aunque los datos de velocidad y coordinación son normales, sucede algo erróneo.

«Estamos a cuatrocientos mil años-luz del sistema solar. Y avanzamos a velocidades superlumínicas, no detectadas por los sistemas de control y regulación de ruta hacia la nebulosa M-31.»

—En suma, amigos míos... —jadeó Héctor, muy pálido—. Estamos siguiendo viaje hacia Andrómeda, a dos millones de años-luz de la Tierra... y parece que *pronto vamos a llegar*, aunque eso sea científica, material e incluso hipotéticamente *imposible*.

# CAPITULO III

¡Hacia Andrómeda!

Era exactamente la ruta. Acababan de confirmarlo los instrumentos más precisos de a bordo. La carta celeste luminosa, había aparecido en la pantalla gigante de situación, señalando el puntito luminiscente en movimiento que era ahora su nave.

Andrómeda.

Una galaxia a dos millones de años-luz del sistema solar de donde ellos trece procedían...

Se miraron en silencio. La cámara de reuniones se utilizaba por vez primera. La mesa oval reunía en su tomo a los trece astronautas, a los trece supervivientes de algo que se llamó Humanidad.

Los sistemas automáticos de a bordo funcionaban normalmente. Todo funcionaba bien en apariencia. Sólo en apariencia, claro. Lo que la nave nunca podría hacer era viajar a más velocidad que la luz. Nada podía superar esa velocidad. Era físicamente imposible. Una carga de energía infinita era algo fuera de las posibilidades limitadísimas de los humanos. Una distensión infinita de la forma y de la materia, no entraba en cabeza humana alguna. Es más, la nave seguía su ruta normal. Lo decían los computadores de a bordo, el delicado y minucioso instrumental.

Pero algo iba mal. Algo estaba equivocado. Por eso Galaxy había despertado a los cosmonautas. Era imposible. Galaxy sabía que era imposible, porque los datos no coincidían con sus archivos electrónicos, y había hecho lo único que un computador podía hacer: despertar a las criaturas que lo confeccionaron, con la esperanza de que ellos resolvieran sus problemas allí donde su programación era incapaz de hacerlo.

Lo malo es que el problema seguía siendo el mismo. Ellos tampoco podían hacer nada. Nada de nada, excepto hablar, cambiar impresiones, tratar de ver claro, de explicarse el fenómeno de alguna manera. Sólo eso.

La presidencia de la reunión estaba formada por el comandante Héctor y sus dos lugartenientes con cargo de suboficiales a bordo: Alexis y Chang. El ruso y el oriental parecían tan perplejos como él. Lo mismo que las tres mujeres, Marión, Alpha y la platinada Ingrid. Lo mismo que los otros siete hombres, Doc Barrow, médico y cirujano de a bordo, Perth, Maddox, Dentón, Martín, Ébano y Coplan.

Eran trece personas en busca de una verdad. De una verdad imposible.

—Imposible, sí —fue el primero en hablar Doc Barrow, puesto en

pie—. Todos sabemos que es físicamente imposible. No hay ningún instrumento averiado a bordo. Los sistemas de control de velocidad y de tiempo funcionan a la perfección. Llevamos diez años aquí dentro desde que partimos del planeta Tierra antes de sufrir la contaminación. En diez años es imposible recorrer una distancia equivalente a cuatrocientos mil años-luz.

—Pero la hemos recorrido —señaló secamente Perth.

—En apariencia, sí —suspiró el médico—. Puede haber un error en alguna parte.

—¿En cuál, doctor? —indagó Alexis, irónico. El rostro eslavo del moscovita reveló un cierto sarcasmo—. Si no hemos recorrido esa distancia, se equivoca la imagen que vemos en la pantalla por los objetivos de televisión exterior, y se equivoca el computador en su informe de datos.

—Dos errores que coincidan, sería demasiado —convino Héctor, sereno—. Por tanto, hemos de aceptar en principio que estamos justamente donde parece que estamos. Esto es, en una zona inmediata a Escultor y Homo, a distancia aproximadamente igual de las nubes de Magallanes y de nuestra galaxia en su totalidad.

—Lo cual resulta absurdo —remachó sombríamente Coplan, sacudiendo su pelirroja cabeza.

—Científica y humanamente absurdo —rectificó, frío, el segundo oficial de la nave, el apacible y cerebral Chang—. Pero, ¿dónde terminan la ciencia y lo humano, una vez inmersos en límites insospechados e inexplorados del cosmos, señores?

—Todo en el universo tiene una armonía y unas reglas inmutables —rechazó vivamente Doc Barrow—. Se ha comprobado en viajes espaciales anteriores.

—Por favor, doctor, no me haga reír —suspiró Chang—. ¿Qué clase de viajes? A Marte, a Venus, incluso a Júpiter o Saturno. Nunca se pasó de ahí. Nunca. Estábamos dentro de un ámbito relativamente familiar, dentro del equilibrio planetario de nuestro sistema. ¿Qué sabíamos del «más allá» cósmico? Nada en absoluto, o muy poco. Lo que la más elemental astronomía o los satélites-observatorio o los cohetes-sonda nos revelaron parcial y defectuosamente.

—Eso es cierto —aprobó vivamente Ébano, con una expresión inteligente y excitada en su rostro negro, lustroso, joven y enérgico—. Chang dijo algo positivo al fin. No sabíamos nada del universo. Hemos sido siempre como niños presuntuosos, convencidos soberbiamente de una sabiduría ridícula e inexistente. Ahora, cuando sobrepasamos los límites de nuestra galaxia, descubrimos que podemos ser más rápidos que la misma luz, no sé por qué, ni creo que importe a la postre.

—¿Cómo no va a importarnos la causa de este salto gigantesco en

el cosmos, Ébano? —protestó el latino Martín, con enfado—. Es vital saber qué nos sucede. Todo parece normal. Velocidad de crucero, rumbo, funcionamiento de la nave, estado físico y mental... Como si esta nave, ideada, diseñada y construida por nosotros, en el planeta Tierra, y por medios perfectamente terrenos, e incluso limitados por las tremendas circunstancias del caos planetario que sufrimos, fuese movida por fuerzas cósmicas inconmensurables... y nosotros no sintiéramos nada de nada. Igual que en un sueño.

—Un sueño... —Héctor inclinó su arrogante cabeza rubia, de largo cabello, de noble rostro inteligente, sensible y viril. Los ojos verdes centelleaban, cuajados de dudas, de interrogantes, de incertidumbres sin límites—. Dios mío, la vida humana se dijo a veces que era como un sueño fugaz. ¿Será éste de ahora un sueño infinito y fabuloso más allá de todas las normas físicas conocidas, más allá de cuanto nosotros hemos concebido y aceptado como natural y plausible?

Hubo un profundo silencio tras hablar el comandante. La nave, en teoría, continuaba su vuelo normal. Normal... La palabra inspiraba risa. Y, sin embargo, bastaba oprimir una tecla del gigantesco computador para que la pantalla diera un rutinario informe:

«Curso, velocidad y situación a bordo, normales.»

No importaba que Galaxy, trastornado por algo que su complejo cerebro electrónico no acababa de entender, los hubiera arrancado a su sueño helado de años, para afrontar una situación extraña, incongruente. Algo iba mal, por supuesto. Había mi error en alguna parte. Pero no en los instrumentos de a bordo, no en sus motores iónicos, no en su ruta fijada previamente, que la velocidad inaudita e inconcebible de ahora, habían alterado de modo alucinante, dirigiéndolos a... a Andrómeda, allá en los confines nunca soñados por el hombre en su afán eterno de conquista tecnológica.

—Si está sucediendo, no es un sueño, comandante —rechazó Alexis, categórico—. No lo que entendimos siempre por un sueño, al menos. Está sucediendo. No hay fuerza motriz ni la hubo jamás, que proyecte al hombre y a sus máquinas a velocidad cercana a la luz, cuando menos más allá de ese límite imposible de alcanzar. Algo ocurrió, es evidente. Estoy conforme en que hemos traspasado una barrera, no sé cuál. Pero no es un sueño. Nos está sucediendo a nosotros. Aparentemente, por la causa que sea, nos vemos de modo normal, vivimos en nuestro ambiente normal, limitado y rudimentario. Ese puede ser un fenómeno psíquico, o una simple ilusión. Es como el que va a velocidad de vértigo dentro de un vehículo. Lo que está dentro de ese vehículo parece inmóvil para él, porque no mira al exterior. Si lo hace, descubre que todo es una mancha borrosa, un vertiginoso desfile de imágenes que van quedándose atrás. Digamos que algo, en ese fenómeno, nos permite

sentirnos como siempre hemos sido. Y eso es, supongo, porque todo se mueve a igual velocidad, y ello nos impide advertir a qué velocidad nos desplazamos por el universo.

—Es una teoría muy razonable —admitió Maddox—. Pero el universo exterior, visible por nuestros televisores, sí debe moverse, alejándose de nosotros a velocidad fabulosa. Y sin embargo, no lo advertimos tampoco.

—La expansión constante del universo no explicaría ese fenómeno, comandante —convino gravemente Nadia, clavando sus ojos grises en Héctor—. ¿Qué puede ser en suma?

—No lo sé —confesó el comandante, encogiéndose de hombros—. Es el punto más insólito de todo este misterio. Estoy conforme en que en el espacio todo cuerpo en movimiento parece estar inmóvil al carecer de puntos de referencia. Pero cuando se sobrepasa la velocidad de la luz y se recorren millones de kilómetros por hora, admito que tendría que advertirse movimiento, distancia constante en los astros, galaxias y demás cuerpos celestes que vamos dejando atrás, o aquellos que vemos ante nosotros a distancias inconmensurables. Pero no sucede eso. Y no tengo respuesta para ello.

—Yo la he buscado —comentó el experto en cibernética, Perth, ingeniero electrónico de profesión—. No di con ella. Los sistemas de televisión en circuito cerrado funcionan normalmente, los objetivos exteriores no sufren ninguna alteración, y todo marcha normal en apariencia dentro de esta nave e incluso en su fuselaje exterior. Sé que no es ello posible, pero los datos técnicos que poseo así lo confirman, señores. De modo que la imagen televisada que tenemos ante nosotros es real y fiel.

—También lo es la carta celeste y nuestra referencia en el tablero —señaló Maddox al punto luminoso, moviéndose a velocidad escalofriante en el enjambre de mundos luminiscentes, entre millares de coordenadas y de cuadrantes que formaban una tupida telaraña sobre el tablero de luz—. Y vean cómo nos movemos a velocidades inauditas...

Era cierto. Héctor manipuló unos botones de sus controles en la presidencia de la amplia, lustrosa, reluciente mesa oval. En unas pantallas receptoras de televisión apareció el firmamento en diversos encuadres, según los objetivos de televisión que los captaban.

—Vean —la mano de Héctor señaló las diversas parcelas cósmicas, visibles a todos ellos, aparentemente inmóviles—. Sin embargo, en esas vistas parciales del cosmos, podemos advertir que, en sólo una hora, nuestra situación ha cambiado decisivamente.

—Es aterrador —jadeó Chang, enjugando la transpiración de su rostro aceitunado, de rasgos orientales—. Nos movemos a velocidades imposibles para cualquier materia... Todo se altera en breve tiempo,

aunque aparentemente siga inmóvil. Estamos dirigiéndonos a velocidad creciente hacia Andrómeda. Yo diría que cuadruplicamos ya la velocidad misma de la luz... y esa supervelocidad se multiplica por sí misma en progresión creciente, hasta límites de pura fantasía...

—Pero todo eso, ¿por qué no lo acusan los instrumentos de a bordo? —casi gritó, exasperado, Perth—. ¿Por qué?

Hubo una pausa, un silencio profundo. Al final, pálido pero sereno, dueño todavía de sí y de sus bien templados nervios, Héctor, comandante de la nave, hombre en cuyas manos estaba, acaso, el destino de aquel puñado de seres sobrecogidos por la grandiosidad suprema de las circunstancias, se expresó con lentitud, casi con fatiga o cansancio en su tono y en su voz:

—Señores, creo que todo tiene una explicación tan sencilla como indescifrable para todos nosotros —dijo—. Hemos sobrepasado todas las fronteras de lo conocido. Algo ha sucedido, algo que no entiendo, pero que nos proyecta fuera de lo racional y de lo material. Estamos como presos en una increíble trampa cósmica que nos conduce a alguna parte remota del universo. Y aquí, donde ahora nos encontramos, sea ello lo que fuere..., nuestros limitados y pobres aparatos, orgullo de la ciencia humana, se estrellan, impotentes, incapaces de adaptarse y de traducir sus enormes consecuencias...

Luego nadie dijo nada. Tal vez Héctor había dado con la frase feliz y exacta que definía su situación.

Presos en una trampa cósmica. Presos en un ámbito sideral donde la velocidad superlumínica era lo natural y lo admisible. .

Presos de un fenómeno galáctico inconcebible para la mente humana. Más allá de todo lo conocido. Más allá de todo lo previsto y ambicionado. Más allá de cuanto el hombre soñó desde el principio del tiempo.

Habían roto las barreras. Todas las barreras.

A partir de allí, su destino era un enigma, su trayectoria una incógnita, su singladura una fábula inconmensurable.

Un delirio. Una locura. Un imposible.

Y lo peor es que no sabían siquiera cómo detenerlo. O cómo afrontarlo.

*

—¿Qué va a ser de nosotros, cariño?

—No lo sé. No sé nada de nada, mi vida...

Se besaron. Buscaron calor mutuo, cobijo común en sus brazos. Uno contra el otro, boca con boca. Sus ojos se buscaron. Incluso se encontraron, acongojados y trémulos. Temblaron, estremecidos.

—Tengo miedo, Héctor.

—¿Tú? ¿Miedo tú? —se sorprendió él.

—Sí. ¿Por qué no he de tener miedo? Soy un ser humano. Soy mujer...

—Eres Nadia, una mujer con carrera. Matemática, cálculos... Una mujer fría y cerebral se supone.

—Se supone, Héctor. Tú sabes que no es así. Quisiera que lo fuese ahora, pero...

—No te disculpes —sonrió él, acariciando sus cabellos, suavemente rubios, como oro viejo e hilado—. Me gustas así, Nadia. Eres mujer antes que matemática. Eres una criatura humana y no una supermujer. Ninguno aquí somos superhombres. Sólo hombres que intentamos lo único posible para escapar a nuestro propio fin.

—Y ha tenido que ocurrimos esto...

—El riesgo está en todas partes, Nadia. No se podía uno quedar en la Tierra, con el refugio erosionado y las radiaciones comenzando a entrar ya peligrosamente en nuestra área subterránea. Había que hacer algo. Y lo hicimos. Esta nave, esta energía iónica... La última carta.

—El éxodo... —sonrió ella—. ¿Recuerdas que lo dijiste, Héctor? El éxodo de una moderna era bíblica que empezaba en nosotros, con diez Adanes y tres Evas solamente...

—El Creador tuvo mucho menos en el paraíso. Sólo uno de cada sexo. Y ya ves adonde llegamos. Espero que esta vez sea mejor el final de la especie...

—Pero, ¿dónde, Héctor? ¿En Andrómeda? ¿A millones de años-luz de lo conocido por nosotros durante centurias?

—En cualquier parte. Todo esto es cielo, estrellas, galaxias. Cualquier cuerpo celeste puede ser un mundo. Nuestro mundo.

—¿Quién podrá detener la nave en el lugar preciso? ¿Funcionarán los sistemas de captación de datos atmosféricos y planetarios? ¿Existirá un planeta ideal, con un sol, un calor, un día y una noche, una temperatura razonable y un aire que nos permita sobrevivir? ¿Existirá en Andrómeda?

—En Andrómeda o más allá de Andrómeda, Nadia. En cualquier sitio puede existir ese mundo ideal donde reconstruir lo destruido, donde renacer lo deshecho. ..

—Si fuera tan sencillo, Héctor...

—No. No será sencillo. Pero tiene que existir. Existirá, no hay duda.

—Y entonces, ¿serás capaz de frenar la marcha de esta nave?

—Espero que sí —suspiró él. Meneó luego la cabeza, pensativo, preocupado—. Lo espero, Nadia. No afirmo cosa alguna. Confío en los sistemas electrónicos, en las computadoras y en los controles. Confío también en nosotros mismos. Y en Dios. Es todo lo que puedo hacer

dadas las circunstancias.

—Supongo que es todo lo que podemos hacer cada uno de nosotros —asintió ella—. Pero tú eres el comandante. El jefe. Tienes una responsabilidad ante todos. Ante nosotros, ante ti mismo, ante el futuro de la Humanidad.

—La Humanidad... —él repitió amargamente la palabra. Sus ojos se entornaron, soñadores y ensombrecidos a la vez—. Nosotros somos ahora la Humanidad, Nadia.

—Lo sé. Solamente nosotros trece.

—Sí. Solamente trece. Como Cristo y sus apóstoles. Trece nada más. El principio... o el fin. Los que quedaron abajo ya no cuentan —consultó su reloj-calendario. Suspiró, inclinando la cabeza—. Ya no. Han transcurrido once años para la Tierra. Para nosotros a bordo de la nave, solamente días. Pero son años terrestres. Demasiados para los infelices contaminados. Ya no quedará ninguno con vida.

—Dios mío... —Nadia se estremeció con gesto de horror—. Un mundo vacío, desierto, desolado para siempre...

—Sí, para siempre. El aire se contaminó, igual que la superficie terrestre. Tardara milenios en reproducirse las plantas más necesarias para la supervivencia humana e incluso animal. Peces flotando en los mares, millones y millones de peces en plateadas masas inertes, pudriéndose bajo un cielo cargado de nubes de contaminación letal... Ciudades extinguidas, ruinas, muerte, silencio, viento helado o abrasador, selvas calcinadas, bosques carbonizados, llanuras ennegrecidas, ni un solo soplo vital en parte alguna. La vida vegetal o animal reducidas a cero en todo el globo... Eso será ahora la Tierra. Eso será, por siglos y siglos, acaso hasta que el Sol, nuestro Sol, sea una estrella nueva, y todo reviente para siempre...

—¿Por qué nosotros, Héctor? ¿Por qué sobrevivir nosotros precisamente entre miles de millones de un mundo superpoblado? —la angustiada pregunta de ella flotó en el silencio de la aséptica nave de muros plastificados.

—No lo sé. Esa es una de las cosas que nadie sabe nunca. Ocurre así, y eso es todo. No sabemos siquiera si habrá valido para algo, o sólo para alargar nuestra agonía un poco más y encontrar una muerte más heroica entre estrellas y galaxias..., pero muerte al fin y al cabo, porque morir es lo mismo en todas partes.

—¿Habrá valido la pena entonces? ¿Qué habremos ganado con este intento desesperado de sobrevivir?

—Nada. Pero sí habrá valido la pena, Nadia. Siempre vale la pena luchar, esforzarse por eludir el destino adverso. Por nosotros y por el futuro mismo del hombre. Ya que providencialmente estábamos en nuestro refugio hermético subterráneo cuando sucedió aquello, y la estupidez humana terminó con su propia especie y su civilización, en

la más absurda y feroz de las guerras, utilizando armas letales inconcebibles, era preciso buscar una evasión, un camino de esperanzas. Lo encontramos y lo seguimos. Lo que ahora suceda ya no importará demasiado, porque no está en nuestras manos evitarlo o rehuirlo.

—Eso quiere decir que estamos a merced de los acontecimientos…

—Sí, Nadia. Eso quiere decir que nos encontramos en manos de «algo» que nos dirige en este momento, que controla nuestra nave y la impulsa a velocidades disparatadas, científicamente imposibles.

—Ese «algo», ¿supones que sea un fenómeno cósmico?

—Tiene que serlo, sí.

—Pero, ¿y si no lo fuese?

—Entonces… —Héctor se encogió de hombros con expresión de profunda inquietud—. Entonces, Nadia, estaríamos ante algo desconocido y terrible. Algo que una mente humana no puede imaginar en modo alguno, sea ello lo que fuere.

# CAPITULO IV

Perth cambió una mirada perpleja con Alexis. El ruso se enjugó el sudor de la frente y desvió la mirada hacia los datos computados por el cerebro electrónico de a bordo.

—Es imposible —masculló—. Imposible, Perth.

—Lo sé —admitió el ingeniero electrónico—. Pero los sistemas del computador están en orden. No hay error posible.

—Tiene que haberlo en alguna parte —se lamentó Alexis—. No podemos viajar a esa velocidad. La materia no está capacitada para desplazarse así. No existe energía capaz de movernos con semejante celeridad. Estaríamos convertidos en radiaciones, en algo más allá de la propia luz... No sé, no cabe en mente alguna una cosa así.

—Pero está sucediendo, Alexis —insistió Perth. El ingeniero experto en cibernética se inclinó sobre un computador anexo e hizo una serie de rápidas operaciones, tecleando con rapidez en un tablero de cifras. Obtuvo irnos datos en una pequeña y alargada pantalla luminosa rectangular. Se pasó una mano por la frente y la retiró húmeda de transpiración. Recitó con voz sorda—: Vea lo que dice el ordenador de distancias y coordenadas de vuelo. Estamos llegando ya a Dragón y la constelación de la Osa Menor. Eso significa que nos hallamos a millón y medio de años-luz de la Tierra.

Muy pálido, Alexis trazó unas líneas en un mapa celeste iluminado. Sacudió enfáticamente la cabeza, tras un rápido cálculo en su reloj-calendario.

—No puede ser... —gimió—. Eso indicaría que hemos recorrido una distancia que la luz tarda millón y medio de años en atravesar..., ¡sólo en doce años terrestresˆ que son doce días para nuestra nave y para nosotros!

—Sí —suspiró Perth, sombrío—. Exactamente. Eso es, Alexis.

—Dígame qué energía puede mover algo a esa velocidad, y qué materia puede salvar una distancia así en tan breve tiempo. Por muy relativas que sean las medidas cronológicas, tal como las entiende el hombre..., nosotros somos hombres, y esta nave está hecha por nuestros propios medios. De modo que, ¿cómo pudo suceder?

—No lo sé. Aparentemente, los motores funcionan bien, los datos de ruta son correctos... Sólo falla nuestra velocidad. A este paso y si seguimos en progresión creciente, pasaremos incluso Andrómeda para sumergirnos en distancias inverosímiles, adonde apenas si llegaban nuestros radiotelescopios.

Alexis afirmó, pensativo. Su mirada vagó por aquella panorámica, inédita para los ojos humanos, de mundos, galaxias y constelaciones

jamás presenciadas a aquella distancia breve e inaudita.

—Perseo, Hércules, Pegaso, León, Géminis... Eso significaría llegar a casi mil millones de años-luz de la Tierra... Y nuestro universo conocido sólo alcanza los límites de... de tres mil quinientos millones de años-luz en el cúmulo de galaxias del Boyero, el último que fue posible fotografiar en nuestra época... Cierto que hay aún un «más allá» hecho de oscuridad, de formas desconocidas, de millones y millones de otras galaxias... Pero un día, en alguna parte, el universo terminará. Pese a su constante expansión a velocidades crecientes, un momento será decisivo, será el último de la materia que compone nuestro cosmos. Yo me pregunto, Perth, si no estamos ahora avanzando como algo a merced de un poder superior e infinito, hacia los confines mismos del universo conocido e imaginable.

—Los confines... —Perth se encogió de hombros—. Eso es todo tan relativo, Alexis... Tenemos que, según los astrónomos, nunca se podrá fotografiar un objeto, un cuerpo celeste, a más allá de diez mil millones de años-luz de distancia del lugar de observación. Y que el universo, en su totalidad, debe alcanzar unas dimensiones equivalentes a veinticinco mil millones de años-luz de distancia. Pongamos que en vez de eso son cincuenta o cien mil millones de años-luz, que es elevar esa distancia a inconmensurables ámbitos celestes. Aun así, habrá siempre un más allá, a no ser que la teórica curvatura del espacio dé a éste dimensiones finitas y, por ello, delimitadas.

Ambos hombres guardaron silencio durante unos momentos. Alocadamente, los números y cifras cambiaban ahora en los contadores de a bordo. Aparentemente, todo estaba bien, todo en orden, regular y normal. No había alteraciones en el sistema de marcha de la nave. Pero estaban superando la velocidad de la luz en proporciones ingentes, imposibles de imaginar por la más delirante imaginación.

Lo que no podía suceder estaba sucediendo.

Y cuando la gran nebulosa M-31 quedó atrás, para su estupor, supieron que habían sobrepasado a Andrómeda y seguían adelante en una expansión fabulosa, movidos por una fuerza ingente, que convertía a la nave y sus tripulantes en algo más que luz, en algo más que puras radiaciones o vacío informe e inmaterial.

Nuevos ángulos, nuevas perspectivas cósmicas se abrían ante ellos, como puerta alucinante de singladuras remotas, jamás presentidas ni soñadas por el hombre. El computador no señalaba el origen del error, no poseía datos para descifrar el enigma, pero cuando por fin reaccionó Perth, con cierta lógica y frialdad y se acordó de hacer una pregunta concreta a Galaxy, el computador, la respuesta fue contundente y aterradora.

Perth preguntó al computador, nervioso y malhumorado :

«¿Qué es lo que nos mueve ahora? ¿Qué nos desplaza por el universo al margen de nuestro propio sistema motriz?»

La pregunta, tecleada en una de las bandas magnéticas del computador, fue engullida por la máquina. Esta trabajó sobre el tema. Y su pantalla luminosa devolvió la respuesta que ya muchos de ellos temían:

«Estamos siendo atraídos por algo desconocido. Imposible salir de su fuerza de absorción.»

Nadia había entrado con Héctor a tiempo de ver esa respuesta. Pálida, temblorosa, se precipitó a su propia mesa de trabajo y empezó a trazar una serie de cálculos matemáticos.

Cuando hubo obtenido ciertos resultados, volvió al computador y los registró en uno de sus cuerpos de sistemas matemáticos. La respuesta no tardó en producirse:

«Cálculo acertado. Cifras exactas. Consecuencias lógicas.»

Nadia pestañeó, apoyándose asustada en los tableros de mando. Héctor y Alexis corrieron hacia ella, preocupados.

—¿Qué le sucede, Nadia? —se interesó el ruso—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí —afirmó ella—. No es nada. Sólo la impresión...

—¿Impresión? —demandó Héctor—. ¿De qué?

Nadia le miró fijamente. Declaró con lentitud:

—Según mis cálculos, a la velocidad que nos desplazamos en el espacio no podemos ser visibles para nadie que esté fuera de esta nave.

—Eso no puede ser —rechazó vivamente Doc Barrow, acercándose a ellos—. Nos vemos, ¿no es cierto? Aparentemente todo es normal aquí...

—Aparentemente, sí —afirmó Nadia—. Nosotros nos vemos, podemos ver los contornos y límites de nuestra nave. Existimos, en suma, sólo para nosotros. Pero exteriormente para cualquier observador posible, somos simple vacío, puro espíritu en movimiento, distorsionados por la propia velocidad, hasta desaparecer, hasta no ser ni siquiera luz, fluido, radiación o cosa alguna. En suma, somos lo más parecido a trece almas ingrávidas, incorpóreas, trece espíritus moviéndose en la nada, en el vacío total, invisibles, informes, sin posibilidad de ser captados por nadie, trece seres y un cuerpo envolvente, que es nuestra nave, que matemáticamente han dejado de ser materia para pasar a ser simple espíritu, puro fluido inaprensible,

en marcha hacia alguna parte jamás imaginada, por encima de todas las velocidades hasta ahora concebidas por la mente humana. Eso somos, amigos míos. Y eso seguiremos siendo en tanto continúe este viaje en la nada, hacia ninguna parte...

*

Alpha y Alexis hablaban en voz baja, allá en el puente, ante la galería visual al exterior intergaláctico, que parecía no moverse, pero cuyo desplazamiento era constante en torno suyo, transformándose y alterándose sustancialmente a cada momento.

Ingrid, la platinada Ingrid, alta, majestuosa, rubia y nórdica, como una hermosa valkiria escapada de una página wagneriana, se dejó acariciar sus blancas manos pálidas por los fuertes dedos oscuros de Ébano.

—A veces parece una tontería tan grande... —sonrió ella, pensativa.

—¿Qué, Ingrid? —demandó él, sonrientes también sus gruesos labios en el noble y joven rostro oscuro.

—Eso de que, matemáticamente, se nos tenga que considerar como inexistentes... —Ingrid movió la cabeza, y sus guedejas de plata hilada se agitaron suaves—. Yo noto el roce, el contacto de tus manos. Y tú notas la proximidad de mi cuerpo, ¿no es cierto, Moisés?

Moisés, más conocido entre sus amigos por Ébano, asintió risueño. Para probárselo a Ingrid, tal vez la oprimió contra sí, y el cuerpo rubio y esbelto, de formas agresivas, se fundió en un abrazo con la musculosa naturaleza del muchacho de color.

—Sí, es cierto —afirmó él con simplicidad—. Nos sentimos mutuamente. Existimos, Ingrid, no hay duda. La matemática es ciencia. Nosotros somos seres vivos, tangibles. Nunca fue lo mismo lo puramente matemático que lo sólido y efectivo, digan ellos lo que digan.

Se besaron. Tiempo atrás, en el planeta Tierra, hubiera parecido casi un crimen, un atentado a las leyes, en muchas partes del desdichado mundo ya extinto, que un hombre de piel oscura y una mujer de pálida epidermis se fundieran en un afecto carnal. Eso era entonces, cuando los hombres concedían importancia a cosas así. Ahora ellos conocían la gran lección. Eran solamente criaturas de una especie aniquilada. Criaturas de una orgullosa y soberbia fauna inteligente, que se creyó más, mucho más de lo que nunca fue, hasta que su propia arrogancia y sus propios engendros los destruyó. Ingrid y Ébano sabían I bien cuán necio fue todo lo que el hombre dispuso I antes del fin. Ahora, después del fin, el pasado era borrón y cuenta nueva. El pasado no existía. No merecía la pena recordarlo siquiera.

Ahora ellos trece implantaban su propia ley. Y era buena. Era la mejor de todas.

Era la ley de la supervivencia, de la dignidad mutua, del respeto y de la honestidad para todos y para sí mismos. Era la ley de la esperanza y del esfuerzo común por un mañana prometedor y difícil. Era el olvido de todo lo que nunca debió de ser. Y entre esas cosas estaban conceptos horribles, oscuros, caducos y vergonzosos: política, racismo, odio, guerras, temor, ambición, codicia, intolerancia, crueldad, mala fe, morbosidad, violencia, crimen, dinero, placer, lujo, fraude, mentira, servilismo, sometimiento, tiranía, milicia, armas bélicas, matanzas, uniformes, banderas, símbolos falsos, falta de fe, falta de amor y de caridad...

Ébano pretendía olvidar ancestrales humillaciones y dolores; Chang, esclavitudes y desprecios cobardes; y así todos. Yugos de siglos, cadenas de centurias. Todo lo que hizo del planeta Tierra lo que ahora sería: una esfera cenicienta y yerma, perdida en un sistema solar donde no había otros seres inteligentes para sacar enseñanzas de ese caos.

Sí. Ingrid y Ébano estaban ya muy por encima de todos esos viejos conceptos criminales y ruines. Por encima de segregaciones e intolerancias. Como Martín, el latino de pueblos esclavizados por el oro extranjero y el poder de más allá de sus fronteras. Como Alexis el eslavo, único superviviente de un pueblo amplio, que conoció una larga historia de guerras, de invasiones y de sangre. Como todos los elementos humanos, los pocos elementos vivos de la nave proyectada hacia alguna parte. O hacia ninguna parte...

Alpha, morena de epidermis, sensual y ardiente, de larga melena negro-azul, contempló a Ébano y a Ingrid, uno en brazos del otro. Suspiró, mirando a Alexis sus grises ojos inteligentes y vivos, muy de cerca. Sus manos se oprimieron en fuerte contacto.

—Alex, mientras quede en nosotros algo de amor aún podemos salvarnos, ¿no crees?

—Sí —afirmó él, despacio—. Lo creo. Confío en nuestro futuro, sea donde fuere. Confío en Héctor como jefe de nuestra nave. Confío, tal vez, en el Creador y en su obra. No puede sernos negado un resquicio de esperanza, Alpha. „

—Nadia dijo que ya apenas somos nada. Y ella es matemática. Sabe lo que dice. La computadora le confirmó su descubrimiento.

—Nadia habla como una computadora más —sonrió Alexis—. Es una gran chica, pero su mente es un encerado lleno de datos, cifras y cálculos. Quizá teóricamente esté en lo cierto. Es posible que nadie nos vea, fuera de nosotros mismos. ¿Y qué? Eso no es tan malo. Yo diría incluso que es buena cosa. Si nos cruzamos con algún ser inteligente, con naves de civilizaciones cósmicas en gran nivel de

desarrollo, no seremos siquiera vistos o detectados.

—Pero el peligro es infinitamente mayor así, Alex —protestó Alpha—. ¿Cuándo y dónde terminará nuestro viaje? ¿Qué clase de fuerza increíble nos maneja a su antojo, y nos atrae a algún lugar que desconocemos?

—Eso sólo Dios lo sabe, Alpha. Hemos rebasado todo espacio conocido, todo ámbito explorado o imaginado. Hemos salvado fronteras que nunca antes traspasó el ser humano. Ahora estamos a merced de esa fuerza absorbente, esa fuente invisible de energía, ante cuyo poder fabuloso, la velocidad de la luz o el equilibrio mismo de los cuerpos celestes, es pura pequeñez insignificante. Ya que hemos tenido la posibilidad de entrar de lleno en la más ingente y aterradora experiencia de todos los tiempos, Alpha, confiemos y esperemos.

Ella le miró, sorprendida. Algo en su tensión sufrió un gradual relajamiento. Por fin ella musitó en voz baja:

—¿Sabes una cosa, Alex? —le rodeó el cuello con sus brazos, amorosamente—. Has logrado el milagro de convencerme. Casi estoy de acuerdo contigo, aunque tenga miedo. Mucho miedo a lo que nos espera allá en alguna parte de ese cosmos que tanto desconocemos...

El sonrió. La atrajo hacia sí. Se unieron sus labios. Eran hombre y mujer. Solamente eso. Aunque ya no fuesen materia en concepto puramente matemático, seguían siéndolo para sí mismos. Y eso, de momento, parecía suficiente. Al menos dentro de la nave.

*

Héctor se apartó de las pantallas visoras del exterior. Su gesto era preocupado, su ceño estaba fruncido. Chang y Martín le miraron, pensativos.

—¿Algo nuevo, comandante? —indagó el oriental. —Nada —suspiró él—. Sólo que la velocidad aumenta gradualmente. Estamos ya a dos millones y medio de años-luz de nuestra galaxia. Pero hemos recorrido esa distancia casi inconmensurable en sólo catorce años terrestres. Unos pocos días para nuestro tiempo en la nave y en el espacio.

—Es aterrador —musitó Martín, estremeciéndose—. ¿No ve nada claro aún?

—No, nada —rechazó Héctor—. Esto puede seguir indefinidamente. Ya no funcionan siquiera los motores iónicos. Los hice detener antes, y todo siguió igual. He cortado la gravitación artificial e incluso hice suspender momentáneamente la temperatura de a bordo. No advertimos nada. El computador señala una temperatura bajo cero, estamos a cero de gravedad, y no flotamos en el aire. Seguramente suprimiría el fluido eléctrico, y todo seguiría

igual. Cortaríamos la distribución de aire respirable en la nave, y nada se alteraría, amigos míos.

—Científicamente, ¿qué explicación tiene eso? —demandó Chang, ceñudo.

—Sólo una; que Nadia tuvo razón. No existimos, Chang.

—Físicamente todo sigue igual aquí. ¿Quiere decir que somos espectros y ni siquiera nos es dado saberlo?

—Más o menos —se estremeció Héctor, sombrío—. Somos un ataúd flotante, con trece seres fantasmales a bordo de una nave invisible. Estamos por encima de los conceptos de espacio, tiempo, materia y hasta de sensaciones físicas o mentales. Somos un cero colosal, sumergido en la nada más absoluta, viajando hacia ninguna parte.

—Eso no tiene lógica, comandante —rechazó Martín.

—No, no la tiene. Pero está sucediendo. Y eso sí que es tremendamente lógico.

—De modo que todo el viaje es ahora una larga, pasiva espera de la nada total.

—Sí, Chang. Eso creo.

—Terminaremos por salimos del universo si esto continúa.

—O de ir a sumergimos en la oculta fuente de energía que nos atrae —convino Héctor—. De cualquier modo creo que es un viaje hacia el fin total.

—Tengo curiosidad por saber cómo será —aventuró Martín—. No miedo, comandante, sino curiosidad.

—El fin no es nada. Y la nada es el fin —resopló Héctor—. Al menos en nuestro concepto.

—Pero usted dijo que habíamos rebasado todo concepto humano y consciente —cortó el oriental, con lúcida expresión.

—Cierto —Héctor le miró, grave—. ¿Tiene alguna esperanza acaso, Chang?

—Nunca la pierdo, comandante —sonrió su segundo, entornando los ojos oblicuos con aire irónico—. Y, como Martín, espero también el final con viva curiosidad. No podrá decirse, al menos, que tuvimos un fin vulgar.

—Admiro su serenidad, amigos míos —musitó Héctor—. Y espero que todos seamos capaces de conservarla hasta el límite de nuestras fuerzas estemos donde estemos.

Luego, súbitamente, hubo un grito terrible en alguna parte de la nave.

Galaxy pareció volverse loco. Sus pantallas visoras cambiaron vertiginosamente de colores en una caleidoscópica sucesión de centelleos para terminar estallando entre aludes de chispazos azules.

Y llegó el caos a bordo.

Todo se inundó de una luz radiante, cegadora. La nave se agitó con un crujido formidable, y los cuerpos de los astronautas flotaron en su interior, repentinamente helado y oscuro.

Fugazmente, antes de hundirse en la oscuridad, en la nada, Héctor supo que habían llegado al final del viaje.

Que todo había terminado para ellos.

## Segundo Libro

## MAS ALLA DE LAS ESTRELLAS

### CAPITULO PRIMERO

Dice un milenario refrán que más allá de los mundos y estrellas, y de soles y cielos, hay una eterna oscuridad sin dimensiones ni límites. Una tiniebla eterna, cementerio de dioses y mitologías, tumba dantesca de seres fabulosos.

Dicen que allí donde la vida no existe, ni los astros alumbran, ni los sonidos pueden llegar, ni los colores son nada, la muerte no reina, la luz no tiene sentido, el cromatismo es cero, y el silencio nunca se quebró desde el principio del tiempo, ni será quebrado hasta el fin del tiempo.

Dicen y dicen muchas cosas. Dicen también que el universo es curvo, diabólico y complicadamente curvo, en dimensiones que la mente humana no puede imaginar, ni el ojo del ser viviente concebir. Dicen que no tiene principio ni final, porque enlaza sus límites en una espiral continuada y matemáticamente absurda.

Dicen...

Dicen y dijeron; dicen y seguirán diciendo por los siglos de los siglos. Pero nadie nunca pudo saber qué había más allá. Más allá de lo conocido, de lo conmensurable, de lo visible y lo imaginado. Más allá de todo lo que nos rodea.

Nadie lo supo jamás. Nadie... hasta entonces.

Entonces, todo lo que se dijo durante miles de años cobró sentido. Para trece únicas criaturas, el gran enigma de todos los tiempos, dejó de serlo súbitamente. Para trece supervivientes de la especie humana, el más allá pasó a ser allí. O aquí, más concretamente.

Entraron en lo desconocido. En lo oscuro. En lo eterno. En el ultrauniverso. En algo que no era nada.

La nada total. Absoluta. Suprema. Inaccesible.

Habían roto la barrera. La gran barrera. La que nadie hasta entonces salvó.

Estaban... al otro lado.

Al otro lado de los astros, soles, galaxias, núcleos planetarios, nebulosas, mundos y asteroides, vacío y silencio, luz y sombra. Al otro lado del espejo mismo de la creación.

Quizá, quizá en el núcleo central de la creación misma.

En el origen. En la fuente suprema de energía. En el principio. En el fin. En donde nada tenía forma ni color, dimensión ni cuerpo. Donde ellos mismos, roto todo eslabón con la vida y la consciencia,

habían pasado también a no ser nada. O casi nada...

Quizá, quizá habían llegado a Dios. O muy cerca de El...

*

—Desnudo. ¡Estoy desnudo!...

Héctor supo que estaba desnudo. Como lo estaba Nadia. Y Alpha. Y también Ingrid. Y como lo estaba Alexis. Y Perth. Y Maddox, y Dentón, y Coplan. Y Doc Barrow, y Martín. Y el oscuro cuerpo de Ébano. Y el aceitunado de Chang.

Desnudos todos. Desnudos frente a sí mismos. Míseros, tristes, extrañamente asustados y como empequeñecidos.

Jamás la desnudez había sido así. No se experimentaba vergüenza ni lascivia, ni deseos ni humillación. Sólo humildad. Sólo la convicción de que la ausencia de ropas sobre sus cuerpos erguidos, sin frío ni calor, era una desnudez que iba más allá de sí mismos y de sus físicos.

Como si también sus mentes, sus almas, sus sentimientos, flotaran desnudos en aquella atmósfera amorfa, densa, oscura. Atmósfera o lo que fuese.

Bajo sus pies descalzos, el suelo era terso, cristalino, frío y sin rugosidades. No parecía tener fin. Nada tenía fin allí. Como en el sueño surrealista de un pintor demente. Como en la escenografía delirante de un artista imaginativo.

Negro el suelo, negro el vacío sobre sus cabezas, todo enlazaba en un horizonte invisible y rectilíneo, donde extraños y como sicodélicos destellos de luz y color lívido, de estructuras y de sinuosidades fugaces, hacían dibujos alucinantes, pronto borrados en la sombra eterna.

—¿Dónde..., dónde estamos? —gimió tras él la voz de Nadia, estremecida de pavor.

La sintió contra sí. La rodeó con su brazo fuerte, nervudo. La desnudez temblorosa de Nadia no encerraba ningún signo erótico en sí. Era como acoger a un pajarillo aterido, como defender una estatua de mármol de un imaginario peligro de desastre.

Los demás, hacinados, formando un grupo amedrentado y triste, eran como un amasijo humano, pálido y rosado, con la única nota intensa de la piel oscura de Ébano o la aceitunada de Chang.

Todos mirando a ninguna parte. Todos temiendo algo que no sabían lo que era.

—La nave... —susurró roncamente Alexis—. Mire, comandante. Está ahí...

Héctor miró. Asintió despacio con la cabeza.

—Sí —dijo pensativo—. Está ahí...

No dijo más. Alpha buscó calor en Alexis. Ingrid en Ébano. Doc Barrow sacudió su cabeza canosa, contemplando la forma bruñida, color aluminio plateado, inmóvil sobre el terso suelo oscuro que pisaban.

—¿Qué ha ocurrido? —jadeó—. ¿Dónde estamos?

Nadie le respondió. Nadie lo sabía. La misma pregunta flotaba en todas las mentes, y no había respuesta alguna para aclararla.

—Creo que hemos rebasado todas las barreras conocidas —dijo, despacio, Héctor, eligiendo con cuidado las palabras.

—¿Eso qué quiere decir? —indagó, curioso, Perth.

—Justamente lo que he dicho. Todas las barreras. Conocidas y desconocidas.

—No es una aclaración, señor —rechazó Coplan, irritado.

—Yo no tengo aclaración ninguna a lo que ocurre —objetó Héctor —. Estoy tan desorientado como todos ustedes. Ninguno de nosotros es un superhombre para saber lo que ocurre. Sólo podemos utilizar nuestro mediocre cerebro para deducir algo. Y yo hice mis deducciones.

—Me gustaría conocerlas, señor —habló calmoso Ébano, dando un paso adelante sin soltar a la platinada Ingrid.

—No creo que les sirvan de nada a ninguno de ustedes —suspiró Héctor, encogiéndose de hombros resignadamente—. Pero ahí van: yo sospecho que hemos ido tan velozmente, hemos progresado en nuestra marcha cósmica a tan enorme ritmo, que en realidad, por un fenómeno que no he logrado entender, íbamos elevando al cuadrado nuestra velocidad progresivamente. Todos sabemos lo que sucede cuando se va elevando cada cifra a su potencia. Llega un momento en que la cifra obtenida es aterradora. De ese modo, rompimos todo freno físico y mecánico, toda velocidad matemática, para saltar a... adonde ahora estamos.

—Y que, según usted, sería...

—Sería lo que todos están imaginando ya —Héctor les miró gravemente, uno por uno—. Más allá del universo. En otro espacio, dimensión, materia o como quieran llamarlo. No sé dónde sea, pero miren al cielo que nos rodea. Es negro. Sin astros ni luces. Sin galaxias ni mundos. En realidad, sospecho que aquí no hay nada... excepto nosotros trece.

Hubo un silencio sepulcral. Ni aire, ni viento, ni ruidos, ni vegetación, ni luz, ni seres. Sólo aquel resplandor inexplicable y remoto, que resaltaba su extraña desnudez en la llanura negra e infinita.

—Nosotros trece... ante la nada —jadeó Martín—. Ante la eternidad, señor...

—Sí —afirmó Héctor, sobrio el tono, endurecido el gesto—. Más o

menos... eso.

*

—Más o menos... eso. Héctor, ¿eres realmente humano?

Se volvió. La miró.

—¿Qué quieres decir? —indagó, casi dolorido.

Nadia se tendió en la tersa superficie negra. Su desnudo liviano, pálido, casi espiritual, desprovisto de toda camal influencia morbosa, flotó como en el vacío sin fin. Igual que si vivieran en un mundo de fantasía, sin formas ni estructuras lógicas.

—Sólo lo que dije, Héctor. Es un trance terrible.

—¿Terrible? —Héctor se encogió de hombros—. Yo no diría eso.

—¿Qué dirías tú?

—Que es un trance asombroso. Impresionante. Demoledor, incluso. Pero terrible... no. No, Nadia, no es como dices.

—Para mí sigue siendo terrible.

—Admito que lo que nos rodea cause pavor o respeto, Nadia —Héctor miró en torno al ámbito que no hubiera sabido decir si era aire libre, recinto cerrado, mundo o abismo, cima o espacio—. Pero no sé... Es como sentirse más cerca de algo. De algo... inmaterial y superior.

—Más cerca de Dios, Héctor.

—Sí —la miró, sorprendido—. Eso es. Más cerca de Dios, de la creación, del centro de la fuerza suprema que todo lo creó. Así definiría mis sentimientos.

—He pensado en ello, Héctor. Si más allá del universo conocido está el gran misterio de la vida, de los seres, de los planetas, del equilibrio universal, de su principio, ¿no podemos estar ahora justamente en las inmediaciones de ese punto omega, que mencionó alguien una vez?[2]

—El punto omega... Sí. Es muy posible...

Permanecieron callados, pensativos, sencillos y humildes, perdidos en la propia grandeza de aquel mundo sin límites, o de aquel antimundo, antiuniverso o lo que ello fuese. Perdidos en su misma pequeñez, insignificante y demolida.

No sentían dolor, ni frío, ni calor ni sensación física alguna. Era como si flotaran, como si fuesen alados en un cosmos de éter y de vacío, livianos en un ámbito sin gravitación. No sentían nada en sus cuerpos. Sus mentes estaban despejadas, lúcidas, sus sensaciones espirituales limpias y claras como espejos diáfanos. Sólo eso. Eso y la sensación liviana, flotante, etérea casi.

Nuevos Adanes y Evas en un paraíso sin formas, sin creación cierta, acaso en el albor de una nueva materia. O en el crepúsculo

final de toda materia conocida, ¿quién podía saberlo?

Cuerpos rosados, desvestidos, almas y seres desnudos, insignificantes y pequeños en la grandeza ignota de lo desconocido. Acaso en aquel «naturaleza convergente» de las teorías de Teilhard. Acaso más, mucho menos. Y distinto. Muy distinto a cuanto el más agudo y sensible filósofo, teólogo o investigador pudo imaginar.

¿Aterrador? Tal vez. ¿Decepcionante? Acaso. ¿Oscuro, enigmático, posiblemente sólo un pórtico tenebroso de un más allá inimaginable? Sí. Posiblemente sí.

Pero el pórtico, el umbral, la frontera, ¿de qué? ¿De qué y en qué dimensión supracósmica?

*

El ataque de demencia asaltó a Maddox antes que a nadie.

Empezó con un terrible, largo alarido cuajado de horror. Luego echó a correr, como un poseso. Manoteó, desesperado, y cuando Coplan trató de frenarle con fuerte mano, Maddox le descargó un golpe brutal en el rostro, lanzándole atrás con violencia. Se alejó a grandes zancadas, jadeante, descompuesta la expresión, como alucinado, muy abiertos sus ojos, fijos desorbitadamente en alguna parte, en algún punto remoto y quizá inexistente de la negra atmósfera en que se debatían.

Sus gritos se repetían, agudos, perdiéndose en una distancia sin formas ni puntos de referencia, sólo perceptible por la reducción de la mancha rosada que era el desnudismo físico de Maddox, idéntico al de sus doce compañeros de cósmica odisea.

—¿Qué le sucede? —masculló Coplan, frotándose su mentón con gesto de dolor, agitado su rojo cabello tras el impacto que le arrojara al suelo negro y terso, de indefinible composición—. Es como si le hubiera picado algún bicho raro, maldito sea…

—Esperen —cortó Héctor, deteniendo a Ébano y a Alexis, que pretendían ir en pos del fugitivo—. Acaso Maddox vio algo que a nosotros nos está vedado aún.

—¿El qué, comandante? —rechazó el ruso—. No se ve nada, no se descubre nada alrededor nuestro.

—Tal vez la desesperación, el vacío, la sensación de soledad, el silencio que nos envuelve… —sugirió Perth, acercándose al grupo, sombría la expresión.

—No —negó Ébano, reflexivo—. Yo soy nervioso. Muy nervioso. Me enerva la soledad, me crispa el silencio, y odio la oscuridad. Fueron siempre sentimientos natos en mí desde pequeño. No supe dominarlos fácilmente. Y ahora no siento nada. No tengo irritación, ni sensación alguna de claustrofobia, ni me enerva este silencio, esta

oscuridad, esta calma. Es suave, sedante, casi amable. Y se lo dice un tipo excitable en sumo grado, amigos.

—Creo que Ébano tiene razón —asintió Nadia—. Este es un ámbito que proporciona una benigna placidez, un remanso de paz sorprendente... No es posible que Maddox haya enloquecido de repente por esa causa...

—Recuerden algo —señaló con voz grave Doc Barrow—. Maddox es extrasensorial.

Hubo un silencio repentino. Todos se miraron con inquietud.

—Extrasensorial... —repitió Alexis—. Es cierto. Capaz de presentir ciertas cosas. Capaz de «ver» acontecimientos antes de tiempo, o de ir más lejos que cualquier otro, en la percepción de hechos y personas... Pero, ¿puede tener algún sentido tal cosa? Me pregunto si aquí los conceptos de tiempo-espacio son válidos, comandante.

—No lo serán. Pero Maddox se enfrentó a algo que nosotros no hemos sido capaces de captar, Alex. Y no es un hombre particularmente nervioso ni irritable.

Miraron hacia donde Maddox se marchara. Barrow, pensativo, caminó hacia allá, calmoso y firme. Todos contemplaron al médico de la expedición que, resueltamente, se alejaba del grupo, parsimonioso y sin prisas.

—¿Adónde va, Doc? —quiso saber Héctor.

—Adonde haya ido Maddox —habló Barrow, sereno—. Y creo que si no queremos perderlo, todos debemos seguirle adonde quiera que sea.

Miraron atrás, a la nave que parecía flotar, como algo inútil, como el cuerpo de un cetáceo de plata en un raro cementerio de ballenas sin agua ni algas marinas.

—Pero abandonar la nave... —objetó vivamente Chan—. ¿Será prudente?

—Quédense aquí la mitad de nosotros —señaló vivamente Héctor —. Por ejemplo, usted, Chang, con cinco personas más. Otros seis iremos en busca de Maddox. Sea cual fuere nuestra suerte, que no sea igual para todos. Buena o mala, que haya supervivientes si ello es posible.

—Conforme —Chang miró al grupo—. Elijo a Martín, Coplan, Ébano, Ingrid y Dentón.

—Bien —asintió Héctor—. Yo me llevo a Nadia, Alpha, Alexis, Perth y Doc. Espero que nos reunamos en alguna parte.

—Llevaremos cápsulas de hidratos y de alimentos —habló Doc, parándose—. Atraque personalmente, no tengo sed ni apetito.

—Tampoco yo —respondió Héctor—. Creo que todos pasamos igual fenómeno. No tenemos sensación física alguna. Llevaba una bolsa de emergencia de cápsulas hidratantes y alimenticias para seis

personas, capaz de durar hasta un mes. Pero no llevo ropas ahora. Ni nada encima. Entraré a recoger una provisión de la nave.

Caminó hacia el vehículo. Era el primero de ellos que intentaba volver al interior de la nave. Era como saltar de la nada a la materia. Pronto supo que eso no era posible.

Algo le frenó. Se golpeó con algo. Pero no había nada. Retrocedió, sorprendido. Miró ante sí. Extendió las manos. Se las rechazaron. El propio aire negro, o lo que ello fuese, le hizo recular, perplejo. Sus manos hormigueaban, como si hubieran sufrido un trallazo de alta tensión.

—No puedo —jadeó—. No puedo llegar a la nave. Es como un muro magnético. Impide avanzar hasta ella.

—No creo que sea un muro magnético —rechazó Perth, asombrado—-. Se distorsionó usted al tocar ese «algo» invisible, comandante. Espere que pruebe algo...

Perth arrancó de la nariz del doctor Barrow sus gafas. Este protestó vivamente, pero el ingeniero en cibernética arrojó los lentes contra la nave.

Ocurrió algo extraño. Las gafas desaparecieron. Se perdieron en el camino entre la mano de Perth y la nave. Héctor respiró hondo. Perth sonrió, sardónico.

—Teoría confirmada, ¿no, Perth? —quiso saber el comandante.

—Totalmente —afirmó el ingeniero—. Ninguna barrera magnética absorbe alguna. Eso es una frontera.

—¿Una... frontera? —dudó Barrow, frotándose sus ojos, furioso—. ¿De qué?

—Materia y nada. O materia y antimateria —comentó sordamente Perth—. Engulló el cuerpo inerte. Y hubiera absorbido igual al comandante, de haber seguido todo su normal cauce.

—¿Qué quiso decir con eso? —terció Héctor.

—Que alguna fuerza impidió que usted desapareciera en esa especie de pasillo o espejo encarado al mundo de las formas materiales. Creo que nos vemos por simple imaginación nuestra, como en el viaje superlumínico. O por un fenómeno óptico inexplicable, pero eso es todo. Estamos en un universo inmaterial. La única materia que llegó fuimos nosotros.

Y la nave. La tenemos ahí, en el umbral. Pero al otro lado. No pasó la barrera. Nosotros, sí. ¿Y por qué? Usted, comandante, tendrá la respuesta. Es relativamente fácil.

—Le entiendo, Perth —asintió el comandante de la expedición sideral, la última que surgiría del planeta Tierra, por los siglos de los siglos—. Espíritu. Alma. Como queramos llamarlo. Lo inmaterial. Poseemos algo que no tiene el metal, que no poseen los cuerpos creados por nosotros. En nuestros seres está lo que ha pasado la

frontera. Nuestra alma desnuda, que vemos en su envoltura física, por simple inercia mental acaso, por falta de imaginación o de hipersensibilidad.

—Más o menos —admitió Perth, cansado. Emprendió la marcha —-. Vamos, comandante. No será necesario llevar alimentos. No tendremos sed. Ni apetito. No hay peligro físico alguno. No existimos. No somos materia, sino espíritu puro, en un cosmos espiritual y sin formas. Maddox, el extrasensorial, el premonitor, tiene facultades superiores en ese terreno. Y ha ido antes al lugar que sea, lo ha podido ver antes que nosotros.

—Pero su grito era de horror, su gesto de locura —señaló Chang, sombrío—. Es mal indicio, amigos. No será bueno lo que nos espere a todos allá, al fondo de esa oscuridad insondable...

—Bueno o malo ha de venir a nosotros. O nosotros hemos de ir a ello. De modo que... adelante, amigos —invitó Héctor, más que ordenar—. Sigamos a Maddox adonde él esté. Y que sea lo que Dios quiera.

Asintieron los demás. Le siguieron en su marcha lenta y segura. Se quedaron los otros seis cerca de la nave inaccesible, pese a su proximidad.

En la distancia, muy lejos o muy cerca, porque sonidos y espacios no eran nada, sonó de nuevo el grito agudo, estridente, lacerante, de Maddox.

Después, al dar el siguiente paso sin vacilar, la oscuridad reventó.

Y engulló a todos ellos en un abismo de luz radiante y cegadora.

Ahora fueron diez seres los que gritaron al unísono y pusieron gesto de terror y de colectiva demencia.

Luego, sólo quedó la luz. Mucha luz. Más luz de la que jamás nadie imaginó. Luz absorbente, demoledora, sobrenatural tal vez.

Luz eterna, insondable, infinita. Luz, luz, luz...

# CAPITULO II

Luz.

Luz primero. Y ahora...

Ahora, formas. Colores, Imágenes.

Un calidoscopio fabuloso, inaudito, delirante. Un carrusel de alucinante esplendor, telúrico cromatismo, imposibles armonías de matices, colores nunca vistos, formas que no lo eran, curvas y espirales, círculos concéntricos, evasivos serpenteos...

Luz, siempre luz. Color, siempre color.

Y lo demás, nada. Ni formas, ni cuerpos, ni seres. Nada, salvo abismos de luz, simas delirantes de centelleos policromados, rampas cambiantes hechas de luminosidad, de fuego colorista.

Y en medio de ese apocalipsis cromático, ellos perdidos. Ellos flotando, vagando, precipitándose hacia abismales fondos de vacío luminoso, de fulgores caóticos...

Y música.

Extraña música, melodías incompletas, discordantes y a la vez melosas, armónicas y al mismo tiempo crispadas de acordes inesperados.

Luego, el túnel de luz.

Círculos concéntricos, interminables, anillas de color y claridad, hasta el infinito, sobre un trasfondo blanco, rabioso, deslumbrador, crudo y cegador.

Y al final del túnel...

Al final del túnel, el fin de su viaje. Al final del largo sendero circular y anillado, un repentino estallido cromático, un centelleo envolvente, una repentina oscuridad que se convertía en rojas, llameantes, infernales tonalidades de un Averno imposible.

El término de todo. El fin de aquel traslado irreal. La meta definitiva.

Burbujas escarlata, borbotones rojos, globos flotantes de inauditos destellos anaranjados. Todo ello sobre un fondo de pesadilla, angustiado y atroz. Sobre tormentosos perfiles negros, sobre mares de lava hirviente, sobre estallidos de miríadas de burbujas de fuego, de lodo candente, acaso de lava flotante y abrasadora.

En medio de todo ello, luz. Un rayo de luz finísima, fulgurante, taladrando sus mentes, haciendo translúcidos sus cuerpos desnudos y flotantes, como si fuesen de vidrio, hasta dejarlos en simples y puros perfiles cromáticos.

La luz.

Sin saber por qué, Héctor pensó. Pensó nítida, clarividente,

lúcidamente.

Pensó que estaba ante el principio y el fin de todo. Ante la fuente de energía, ante el centro mismo del universo.

Acaso en la antesala misma de lo prohibido. En los umbrales de Dios y su trono supremo.

Acaso. No hubiera podido afirmarlo. Ni negarlo tampoco. Dudaba, como dudaría siempre el hombre ante la grandeza que no concibe ni puede medir, que no explica ni puede entender.

Fuese como fuere, aquello era diferente a todo lo imaginado. Era superior. Era lo que podía denominarse centro vital, eje creador, punto omega o como quisieran llamarlo. Un nombre no era nada. Sólo la expresión verbal o escrita de una idea. Y había ideas demasiado ingentes, demasiado magnas para traducirlas en palabras.

Esta era una de ellas. Fuese lo que fuere, estaba por encima de lo sospechado, por encima de su humano cerebro y de su limitada percepción. Ante aquello, nada podía ser grande ni importante. Todo era inmensamente pequeño, infinitamente lleno de insignificancia...

—Dios... —jadeó—. Dios mío...

Quiso cerrar sus ojos y no pudo. Quiso dejar de pensar y no le fue posible. La luz le atrajo, le absorbió. No supo si sucedía igual con todos los demás. No podía verlos. Ya no. Sólo luz alrededor. Luz... y el dantesco marco rojo, llameante, cuajado de burbujas, como una hirviente, imposible catarata en ebullición radiante.

Luego, de pronto, todo eso se detuvo, cesó como en un estallido formidable de luz, colores y esplendor, para no quedar nada. Para enfrentarle al fin consigo mismo. Y con su destino de hombre, símbolo viviente de una futura y problemática humanidad nueva.

*

El viejo y la doncella estaban allí.

Frente a él. Sentados apaciblemente en las rocas esféricas, color ámbar, en el suelo púrpura, junto al manantial de aguas de oro. El cielo cárdeno no tenía astros, ni soles. Nada. Sólo color.

Le miraron. El les miró a ellos. Hubo un silencio. Un largo, prolongado silencio.

Alrededor no había sonidos. Ni el soplo de una leve brisa, ni el canto de un pájaro. Observó que el agua caía sin producir rumor alguno, sin ruido de ninguna especie. Era como estar sordo.

Habló y no se oyó a sí mismo. Supo que abría la boca, que pretendía pronunciar palabras, que incluso movía sus labios y se expresaba con sus medios habituales. Pero nadie le podía oír. Ni él oía nada. Era un mundo sordo, silente, acaso eternamente libre de sonidos.

Pero el viejo y la doncella le observaban. El vestía blanca túnica. Alto y majestuoso. Como un patriarca. Ella era pequeña y esbelta. Virginal. Ni un leve atractivo físico. Como una estatua clásica. Pelo dorado, casi blanco, cayendo en guedejas. Ojos incoloros. Acaso verdes, acaso azules o acaso...

—Bien venido, hombre.

Habían hablado. Le habían saludado.

Héctor pestañeó. No pensó más en lo que le rodeaba, en la asombrosa y bucólica escena imposible, de un lugar donde las cosas tenían diferente color y ningún sonido.

No. No era posible. Ellos no habían movido los labios. Ninguno lo había hecho. Ahora tampoco, aunque le miraban sonrientes, apacibles, invitadores casi.

—Bien venido —repitió una voz varonil, profunda y cansada—. Sí, hablamos nosotros, hombre. No te extrañes.

Sentía la voz allí dentro. No en sus oídos, sino en su mente. Entendió. El viejo no había movido los labios ni una sola vez. Pero él percibía las palabras en su cerebro.

Telepatía. Transmisión mental. Era eso.

—Sí, es eso —el viejo sonrió, con su boca cerrada—. Transmisión a tu mente, hombre. No hay sonidos aquí. No son precisos. Tampoco hay luz, ni color, ni formas. No hay nada. Nada, ¿entiendes?

—Pero vosotros... Vosotros... —trató de explicarse en vano. Estaba confuso, asustado. No entendía nada.

—Nosotros existimos para ti. Este paisaje existe. Imitación. Pura imitación, hombre. Tus pensamientos denuncian lo que tú ves y entiendes. Se crea a medida de tu entendimiento tan sólo. Como nosotros.

—Vosotros existís.

—No. Te parece vemos así. Existimos, pero no cómo crees. Tú y tus compañeros habéis pasado una serie de duras experiencias. Eran necesarias para comprenderos bien. Hay tantas criaturas en el universo... Muchas a semejanza vuestra. Con diversa mentalidad, con entendimiento distinto. Hay que adaptar a cada uno, estudiar su mente, sus reacciones, sus limitaciones y conceptos.

—Debéis reíros de nosotros. Somos tan elementales...

—No nos reímos de nadie, hombre. Ninguna criatura es digna de burla. Desarrolla sus facultades en la medida de su circunstancia.

—¿Dónde estoy?

—¿Estar? En ninguna parte. Y en todas partes. ¿Eso te explica algo?

—Puede que sí —miró pensativo al viejo. Luego, a la doncella—. ¿Y mi gente?

—Tus amigos viajan.

—¿Viajan?

—Su recorrido es más largo —dijo la voz dulcísima, suave, melosa, de la muchacha. Pero Héctor sabía ahora que no había tal voz. El la imaginaba, traducido en su mente el mensaje telepático, de acuerdo con sus posibilidades cerebrales y su idea de las cosas.

—¿Adonde fueron?

—Al principio de las cosas.

—¿Qué lugar es ése?

—El que buscabais todos. ¿No queríais empezar otro mundo, otra humanidad?

—Es nuestro propósito. Pero algo sucedió en nuestra nave...

—Sí —afirmó el viejo—. Algo sucedió. Siempre puede suceder algo. Llegasteis lejos. Muy lejos. Una alteración inesperada... y rompisteis la barrera establecida. Es un accidente. Pero no definitivo. No aún.

—Quisiera entender y no puedo —sacudió Ia cabeza, asustado—. ¿Adónde nos trajo el accidente?

—Te lo dije antes, hombre. A ninguna parte. 0 a todas partes a la vez.

—En suma, estoy en el centro.

—¿El centro? —el viejo pareció sorprendido.

—Sí. La energía. El origen del cosmos. Donde todo empieza y termina. Eternidad e infinito. Todo y nada. Creación y vacío. El punto vital.

—¿Qué sería todo eso para ti? —sonrió de nuevo el viejo.

—Dios.

Hubo un silencio. Mental, claro. Pero un silencio. La transmisión se había detenido. Héctor no sabía si existía otra vez física, corporalmente. Pero creía sentir el hielo húmedo de su transpiración, mojando su epidermis. Podía ser simple alucinación.

—¿Es cierto? —jadeó—. ¿He llegado..., he llegado hasta... Dios? —susurró Héctor, sintiendo que su cabello se erizaba al esperar una respuesta.

—¡ Qué tontería! —suspiró la voz de la doncella—. Dios es todo. No somos lo que supones. Vas demasiado lejos.

—Pero habéis dicho que estoy...

—Lo has dicho tú, hombre —rectificó dulcemente el viejo—. Es diferente. Yo no he dicho nada.

—Tiene que haber una respuesta a mi pregunta: sí o no.

—Muchas cosas no tienen respuesta, hombre: la vida, la muerte, el alma, el destino de lo viviente, el más allá de las criaturas que existen... No preguntes. Nunca preguntes ciertas cosas. No se pueden explicar.

—Dijisteis algo antes. Eso no lo dije yo...

—¿Qué dijimos?

—Buscábamos un lugar. El principio de todo. De otra humanidad, de otro mundo... ¿Lo hemos encontrado?

—No. Nosotros lo hicimos por vosotros.

—¿Quiénes? ¿Tú y esa doncella?

—Sí. Esta doncella y yo.

—Me gustaría saber quiénes sois...

—Vuelves a querer conocer demasiadas cosas, hombre —le reprendió el viejo—. Ve a tu mundo. Y no te quejes de él. Todo tiene su precio. Vivir, sobrevivir en realidad es algo difícil siempre. Se paga caro.

—La vida es el más alto precio.

—Para el egoísta, sí. La vida propia, por encima de todo. Para el ser humano que se siente solidario, las vidas ajenas son un precio muy elevado. Sobre todo cuando quedan tan pocas... No podemos ayudarte más, hombre. Ni a tus amigos tampoco. Está escrito. El ser vivo debe luchar por sobrevivir, saber ganarse a pulso su propio futuro, que es el de los hijos de los hijos de sus hijos, y más lejos aún. Vosotros sois la transición, el eslabón para la nueva cadena que no debe perderse.

—Uno de mis hombres, Maddox, escapó antes, gritó asustado, se perdió...

—Lo sabemos. Era un premonitor. Vio antes que nadie su futuro. Y fue a él.

—¿Dónde está?

—Donde estarás tú en breve con los tuyos. Pero no le busques. No busques a tu amigo. Sería inútil ya.

—¿Qué le pasó?

—Está muerto.

—¡Muerto! —gritó Héctor—. ¡Maddox... muerto!

—Es el principio del tributo. Tampoco es bueno anticiparse a los demás. A veces uno no hace sino adelantar su fin. Ve ahora, hombre. Reúnete con los tuyos en tu nuevo planeta... y que vuestra voluntad, inteligencia y capacidad de supervivencia, logren protegeros de todo mal.

—Un nuevo planeta... ¿Dónde? ¿En este lugar acaso?

—No, hombre. Este lugar no tiene planetas, ni suelo firme, ni astros, ni formas. Tú sólo las ves, porque tu mente quiere que las veas. Adonde serás enviado, sí existen las dimensiones mismas que conocéis todos. Donde vuestros cuerpos serán sólida materia y vuestro espíritu no flotará sin sensaciones físicas. Donde seréis mortales criaturas y no entes inmortales y perfectos.

—Inmortales y perfectos como ángeles.

—Si quieres llamarlo así... —se encogió de hombros el viejo.

—Ángeles... —los miró, despavorido y maravillado a la vez—.

Ángeles más allá del universo.

—Vete, hombre —susurró la doncella—. Vete ya. Es tu hora.

—¡ No, esperad! Quiero saber algo aún. La última pregunta...

—No hay preguntas. No hay más. Nada más. Adiós, hombre —cortó el anciano.

Y fue el adiós. No hubo más. Nada más.

Héctor, con los brazos extendidos, implorantes, se encontró de repente en la tiniebla absoluta. Todo se borró de súbito, como en un repentino apagón sin precedentes. Giró y giró en el centro de una silenciosa e infinita vorágine negra, como parte integrante de un fantástico ballet en la nada.

Luego...

# CAPITULO III

—Comandante... ¿Se encuentra bien? Comandante, responda, por favor...

Abrió los ojos. Miró ante sí.

Primero la visión fue borrosa. Descubrió a Doc Barrow agitándole con energía, pero a la vez con suavidad. El estaba tendido en alguna parte. Debía imaginarlo, porque Barrow llevaba su plástico uniforme de astronauta. Y creyó descubrir el techo plastificado, claro y aséptico, del interior dé la nave cósmica.

—No, no —gimió entre dientes, apretados sus párpados—. Más alucinaciones no...

—Por Dios, comandante, no delire más... Vamos, diga cómo se siente ya...

—¿Delirar? —abrió los ojos. Ahora vio más nítidamente las figuras. Sí. Allí estaba Nadia, con su uniforme magenta; Alpha, de verde brillante; Ingrid, de plata, los demás de negro, azul, rojo, amarillo, violeta o cualquier otro tono de los asignados para diferenciar sus uniformes en cualquier ámbito oscuro, gracias a la luminiscencia del material plástico de sus uniformes espaciales.

—Decía incongruencias hace un momento —sonrió Barrow—. Nos llegó a asustar su estado. Le administré una dosis sedante, pero...

—¿Dosis sedante? ¿Es que hemos recuperado todo: medicamentos, uniformes, todo?

—¿Recuperarlo? —se sorprendió el médico, pestañeando—. Jamás creo que lo perdiéramos, señor.

—No, no puede estar hablando en serio... —se incorporó, tratando de hablar, de protestar y decir algo, pero inmediatamente lanzó un gemido y se echó atrás, sintiendo que su cabeza iba a estallar de un momento a otro. Se llevó las manos a los cabellos y descubrió el vendaje que envolvía su cráneo—. ¿Qué mil diablos es esto, Doc?

—Cielos, comandante, tuve que hacerlo así. Con el impacto de la nave, su cabeza resultó herida, y sangraba en abundancia. Hube de aplicarle un hemostático y...

—¡ Por el amor del cielo, doctor, logrará volverme loco a este paso! —aulló Héctor, pegando un salto y, pese a todo dolor, ponerse en pie, tambaleante. Gracias a Nadia y a Perth, no cayó de bruces, sosteniendo precariamente su equilibrio—. ¡No va a decirme que usted y todos los demás, olvidaron los momentos en que estábamos desnudos, abandonados en otra dimensión, universo o lo que fuese, sin poder acercamos siquiera a esta nave, de la que nos separaba la barrera invisible de los mismos límites del cosmos!

Se contemplaron entre sí los presentes, como embobados. Héctor leyó en sus rostros la sinceridad más absoluta. No; no podían ser todos tan buenos actores. Además, no tendría objeto fingir. Ningún objeto y menos con él en tales circunstancias.

Pero entonces...

Detúvose Héctor, apoyándose con ambas manos en el muro curvo de su nave. La idea se abrió paso dentro de su mente en dos vertientes muy distintas.

¿Había imaginado todo aquel cúmulo de fantasías delirantes dentro de un sueño febril? ¿Sucedió realmente así más allá de este universo conocido... y a todos los demás les fue borrado de la memoria, como se borran unas cifras en un encerado, mientras él conservaba la facultad de recordar incluso el paisaje de color imposible, con el viejo y la doncella junto al manantial silencioso de aguas de oro?

Ambos podían ser factibles. Y explicarían todo aquello. Si insistía, le creerían enfermo o demente. Era mejor callar, aceptarlo así todo. Pero antes haría una pregunta. Una sola...

—¿Y Maddox? —preguntó, tirante la voz, volviéndose de repente a todos ellos—. No le veo aquí...

Hubo un silencio embarazoso. Todos se contemplaron entre sí, perplejos, vacilantes, sin saber qué responder. El propio Héctor lo hizo, martilleando con su voz a los demás:

—¿Muerto?

Doc Barrow se estremeció. También Nadia, que desvió su mirada de él.

—Sí —susurró el médico—. Muerto, comandante. ¿Cómo pudo saberlo?

—Según parece, doctor, no estoy tan loco como usted creía... —dijo, sarcástico. Caminó hacia el lecho donde reposara hasta volver en sí. Miró a Barrow—. ¿Cómo sucedió?

—Fue al tomar tierra... Bueno, al posamos dondequiera que estemos, comandante —terció Alexis, moviéndose hacia él, decidido—. La nave tuvo un choque violento. Sufrió un desgarrón terrible en la proa. Está empotrada la parte delantera en un macizo rocoso. Maddox estaba allí emplazado. Le arrancó la fuerza del impacto, y escapó por el boquete abierto en el fuselaje. Intentamos salir, recuperarle, pero Chang llegó a tiempo de verle desaparecer, y comprendimos todos que era imposible rescatarlo, vivo o muerto.

—¿Imposible?

—Y peligroso, señor —ahora fue Chang quien habló, acercándose a él.

—A ver, refiérame eso.

—Comandante, cuando asomé a ese boquete, vi algo terrible —

refirió el oriental, que no era hombre impresionable por cierto—. Maddox había caído entre las rocas, a lo que parecía un lecho de fango, pero ese fango hervía, despedía burbujas y humo, como un mar de lava candente, y con un alarido horrible, Maddox se hundió totalmente en él, siéndome posible advertir su rostro abrasado y sus cabellos humeantes, antes de desaparecer por completo en la ciénaga en ebullición...

—Fango ardiente —musitó Héctor, lívido—. Dios mío... Pobre Maddox. ¿Dice usted que emitió un terrible grito, Chang?

—Si lo hubiera podido oír, señor...

Lo había oído. Pero en otro punto del espacio-tiempo. En un lugar oscuro y sin formas. Viendo alejarse la figura desnuda de Maddox hacia el destino presentido por su mente extrasensorial... Sólo que no dijo nada. Permaneció callado, taciturno, como todos.

—Debemos de estar en un mundo inhóspito y atroz —señaló Perth, con voz ronca—. Entra calor por la grieta. Mucho calor. Sólo se ven tinieblas y resplandores ígneos si uno mira por las ventanillas. Los visores están averiados, Galaxy no funciona...

De repente, la nave se agitó como sacudida por un tifón devastador, o movida por las manos de un gigante terrorífico. Crujió todo, sus ocupantes fueron de un lado a otro, dando tumbos por el suelo o golpeando los muros plásticos. Fuera, un pavoroso, enorme, ensordecedor bramido, conmovió la atmósfera.

—¿Qué es eso? —aulló Alexis, descompuesto, tratando de manejar los controles desconectados por la avería en el computador central—. ¿Qué mil diablos sucede afuera?

—Es un monstruo... —jadeó la voz de Ébano, estremecida, mientras el rostro del negro, de tono ceniciento ahora, se volvía, tras mirar por uno de los irrompibles huecos visores de la nave—. Un monstruo de enormes proporciones... Veo algo, una forma viva, escamosa, del grosor de una gran columna... Nos tiene aferrados, nos zarandea...

Nadia lanzó un grito pavoroso y corrió a protegerse en los brazos de Héctor, al tiempo que señalaba a uno de los visores o ventanas del vehículo espacial con mano trémula.

—¡Mira! —chilló—. ¡Mira ahí, Héctor!

El comandante lo hizo. Palideció.

En el vidrio, perfectamente enmarcados, unos enormes, estrechos, diabólicos ojos amarillos, los contemplaban, voraz, malignamente...

Se repitió el rugido temible, y el zarandeo que volteó de nuevo a todos, lanzándolos irnos contra otros en tremenda confusión.

Héctor, sujetando del mejor modo posible a Nadia para evitarle cualquier daño, logró mantenerse aferrado a una baranda metálica, y jadeó con voz clara, que todos pudieron percibir a bordo:

—Ahora lo entiendo... Nos dieron justamente lo que queríamos... o tal vez lo que hemos merecido... Pedimos un mundo nuevo, donde sobrevivir y crear una nueva humanidad... y nos lo han dado, Nadia. Nos lo han dado tan al pie de la letra, que hemos llegado con nuestra nave a un planeta donde existe aire respirable, posibilidad de vida, pero que está ahora en plena evolución. Exactamente en su prehistoria, ¿comprendes? Justamente como en los tiempos antediluvianos en el planeta Tierra. Y ese monstruo aterrador es un dinosaurio de este mundo, o cosa muy parecida...

*

La Prehistoria.

Era la imagen de la Tierra, miles de años antes de su fin. Millones tal vez. Cuando todo comenzó en ella. Cuando el hombre era un cavernícola luchando contra los colosos de los tiempos remotos se llamasen dinosaurios, plesiosaurios o pterodáctilos.

La contemplaron todos fijamente. Con abstracción. Con impresionado estupor. Con miedo acaso. El miedo a lo ingente, a lo terrible, a lo demoledor.

—Al menos, poseemos ciertas armas —señaló roncamente Chang —. Peor sería con armas de piedra...

Nadie dijo nada. Se preguntaban si sus armas servirían de algo en aquella lucha titánica que se avecinaba. En principio, el monstruo agresor les había dejado en paz, horas antes, cuando lograron enviar unas descargas eléctricas a la envoltura externa de la nave, tras reparar una de las baterías energéticas de a bordo, pero, ¿cuánto durarían esas baterías, tan agotadas en el ingente vuelo cósmico hacia regiones del universo donde incluso les era dado ver sistemas galácticos y estrellas por completo desconocidas para un terrestre?

Galaxy estaba intentando ser reparado por Perth, Alpha y Dentón, con la ayuda de Alexis y de Ébano, pero era dudoso que lo lograran en su totalidad. El computador, ayuda inapreciable en cualquier caso, sería un auxiliar imperfecto en la más favorable de las coyunturas. Pero había que intentarlo por todos los medios a su alcance. Algo sería siempre mejor que nada...

—¿Qué planeta será éste? —musitó Ingrid, temblorosa.

—Ni siquiera tendrá nombre —comentó Héctor, mirando a la platinada nórdica—. Nosotros abremos de dárselo. Puede ser nuestra tumba, o nuestro mundo futuro. El de nuestros descendientes si tenemos la fortuna de sobrevivir. La lucha va a ser cruenta.

—¿Seremos los únicos habitantes inteligentes en este páramo hirviente?

—Muy posible —miró las rocas negras, abruptas, las llanuras de

fango volcánico, burbujeando siniestramente, los fulgores cárdenos de lejanas erupciones, las cimas de oscuras cumbres sin arboledas, sobre un cielo tormentoso, cargado de nubarrones, que sólo a veces, entre jirones, dejaban ver constelaciones ignoradas—. Un mundo poblado sólo por monstruos prehistóricos, en un rincón de cualquier galaxia, a miles de años-luz de la Tierra. Hermoso punto de destino para los supervivientes de un mundo de locos y de suicidas...

—No podemos quejamos, comandante —suspiró Chang, meneando la cabeza—. Tenemos lo que hemos merecido. O quizá un poco más.

—De cualquier modo ya hemos visto suficiente —señaló secamente Héctor—. Empecemos.

—¿A qué, señor? —se interesó Coplan.

—A luchar, desde luego. Por nosotros mismos.

—No podemos salir de la nave y de este cúmulo de rocas donde estamos —comentó Nadia—. Todo lo demás es un suelo hirviente, blando, dantesco.

—Lo enfriaremos.

—¿Qué? —Chang le miró, pensativo—. Cierto. Los generadores de frío de a bordo... Pero para ello hará falta que Galaxy funcione, que las baterías estén a pleno rendimiento.

—Eso es lo primero que vamos a hacer, amigos míos —suspiró Héctor—. Manos a la obra todos. Si nos es posible en pocos días cubrir esa superficie de barro hirviente con una capa de hielo, ampliaremos nuestro radio de acción y pondremos dificultades a los monstruos de esta época.

Asintieron, casi con entusiasmo incluso. Cuando regresaron a la nave, su gesto era infinitamente más optimista que al salir y encararse por primera vez con el horror de un mundo de pesadilla.

*

—Lo logramos... —Héctor se volvió, satisfecho, a los demás—. Vean... No sólo se cubrió de hielo sólido la zona, sino que se endureció y enfrió una considerable costra de barro en la superficie, ayudando a afirmar la cubierta de hielo artificial creada por nuestros proyectores termogeneradores. Podemos movernos en un área de casi media milla cuadrada, lo cual nos permitirá situar ahí unas defensas que nos protejan de cualquier ataque animal, mientras estamos dentro de la nave.

—Eso quiere decir que casi estamos a salvo en principio... —se sintió entusiasmado Martín.

—No echemos las campanas al vuelo. Todo sigue tan mal como antes. Situaremos cargas electrónicas en el exterior, y una barrera de fuerza magnética que detecte a cualquier intruso, proyectando sobre

él, de modo automático, un chorro de corrosivo a gran presión, desde los tubos de nuestra nave. Pero si hay la menor convulsión interna, el fuego y la lava desharán ese hielo en breves segundos, echando a perder toda la obra. Y este planeta, en plena convulsión geológica, se presta idealmente a esas erupciones constantes y terribles.

Eso enfrió mi poco los ánimos, que Ébano calmó, advirtiendo que, excepcionalmente, para celebrar el emplazamiento de la plataforma helada, había dispuesto una frugal pero apetitosa comida con alimentos deshidratados. Las cápsulas alimenticias e hidratantes eran así sustituidas, por una vez, por deliciosos alimentos en conserva. Y hasta por licor concentrado, convenientemente hidratado luego.

La comida animó a los diez expedicionarios cósmicos. Luego se reanudaron las tareas con Galaxy y el computador, aunque con una quinta parte de su mecanismo inutilizada aún, pudo darles una serie de datos e informes sobre su actual situación en el universo.

Un escalofrío sacudió a Héctor cuando obtuvo los datos. Luego, los leyó en voz alta a todos. Allí no había engaños. Los diez tenían derecho a saberlo todo. Absolutamente todo sobre lo que les rodeaba.

«Datos computados señalan emplazamiento actual en la constelación o galaxia de Hidra. Distancia del sistema solar: dos mil millones de años-luz.»

Se hizo un silencio. Ya nadie se impresionaba por cifras más o menos. Pero siempre causaban impacto ciertas cosas. Eran humanos a fin de cuentas.

—¿No hay posibilidad de error, comandante? —indagó Barrow, frotándose el mentón.

—Ninguna —rechazó Perth, al lado del comandante Héctor—. Es correcto el cálculo. Se ha comprobado por tres métodos diferentes. Estamos en Hidra, es cierto. Planeta número mil doce, de su grupo planetario-solar veintidós, para ser más exactos. Eso dijo Galaxy.

—Buen chico Galaxy —comentó zumbón Dentón—. No se le olvida nada.

—¿Sobre condiciones específicas de vida...? —señaló Barrow, preocupado.

—Correctas —suspiró Héctor—, Casi terrestres, doctor. Atmósfera con oxígeno respirable, temperaturas ardientes a causa de las erupciones volcánicas, tormentas frecuentes, que el suelo absorbe... Posibilidades amplias de vegetación en cuanto se enfríen zonas de su superficie y pueda cultivarse en ellas... Agua abundante en corrientes subterráneas, en posible estado de ebullición...

—Delicioso —rió entre dientes Alexis—. Aguas termales y todo. ¿Quién pide más?

Su buen humor hizo reír tímidamente a algunos.

—¿Qué dijo Galaxy sobre los peligros de este planeta? —interrogó

sereno el oriental.

—Sobre ese tema está siendo ahora interrogado por Alpha y Martín —explicó Alexis—. Alpha es doctora en biología, ya lo saben. Y Martín es experto en geología. Ambos pueden programar eficazmente los circuitos de Galaxy al respecto, tras obtener los análisis electrónicos de muestras de roca, lodo, agua y otros residuos exteriores. Ya veremos...

—El estudio ha terminado, señores —dijo a sus espaldas la voz de Martín.

Se volvieron. El y Alpha volvían de consultar ampliamente al computador. Traían en sus manos tiras de papel con datos computados y controlados previamente. Lo peor era que tanto el rostro meridional bronceado y saludable del joven geólogo Martín, y la morena belleza arrogante de Alpha, la experta en biología, no traían su habitual tonalidad, sino un tinte pálido, demudado.

Héctor temió algo malo. Se apresuró a avanzar hacia ellos. Y Nadia a su lado.

—¿Qué ocurre? —indagó el comandante—. ¿Algo va mal?

—No. Pero irá mal —señaló Alpha, sombría.

—Muy mal —remachó, inquietante, Martín.

—Por Dios, terminen de una vez —masculló duramente Héctor—. ¿Qué dijo Galaxy?

Alpha le tendió los papeles escritos por el computador. Héctor los tomó, nervioso. Puso en ellos sus ojos, y sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. Pero ahora no era ningún dinosaurio, sino su propio estado de ánimo.

«Peligro. Peligro latente de muerte. Muerte y algo peor. El suelo posee partículas vivas e inteligentes en gran cantidad. El calor ambiente las altera y transforma en un gas o niebla púrpura, oscura.

»Esa niebla piensa y posee inteligencia.

»Es voraz. Cruel. Sabe que el hombre es su enemigo y puede aniquilarlo para siempre. Atacará. Cuando lo hace, se enrosca en todo ser vivo y penetra en él, controlando su cerebro y sus reacciones.

«Entonces ataca bajo la forma de ser absorbido.»

—Es... horrendo —jadeó Héctor, alucinado. Los miró con pavor—. ¿Confirmado todo?

—Confirmado. Galaxy ha insistido hasta seis veces en esos datos, con diversas programaciones —susurró Martín, humedeciendo sus labios—. Resulta aterrador, comandante.

—Y también difícil de creer, Martín... Una niebla viva e inteligente.

En aquel momento, la voz de Dentón comentó jovial allá atrás:

—¡Eh, miren! ¿Se han dado cuenta qué curioso es esto? Ha entrado niebla en la nave... Niebla púrpura... ¡Vean, vean cómo se enrosca en mis piernas!

## Tercer Libro

## LA NIEBLA

### CAPITULO PRIMERO

Héctor se volvió.

Era cierto. Allí estaba. La niebla. El horror vivo del planeta de Hidra.

El peligro. La amenaza mortal. El enemigo inconcebible y solapado.

Como fascinados, él, Martín, Alpha, se quedaron contemplando la insólita escena.

La bruma color púrpura, muy oscura y como sedosa, formaba ya dos perfectas sierpes gaseosas, hasta las rodillas de Dentón. Silbaba muy tenuemente, como el escape suave de un gas letal de alguna parte. Era un susurro propio. Acaso..., acaso un pálpito vital, pensó estremecido de pavor Héctor.

—¡La niebla! —exclamó con horror, Alpha—. ¡Dios mío, la niebla! ¡Haga algo, comandante, haga algo!

Todos, menos Martín y Héctor la miraron como si estuvieran locos. Nadia, que terminaba de leer el texto de Galaxy, se tomó mortalmente pálida y retrocedió a trompicones con un alarido.

En realidad nadie parecía capaz de saber hacer algo. Ni siquiera daban la impresión de querer hacerlo, aunque eso, naturalmente, era falso. El horror, Ia incredulidad, el asombro, eran tales que paralizaban sus acciones y les dejaban pasivos ante el terrible enemigo de forma insólita y naturaleza alucinante.

Una niebla viviente, inteligente, asesina...

Una niebla capaz de vencerlos, de aniquilarlos. Y ni siquiera sabían cómo, en qué forma, en qué espacio de tiempo. Tampoco sabían cómo combatirla y eso era lo terrible.

Héctor, sin embargo, intentó algo. Lo intentó, mientras Dentón, como si tuviera en tomo a sus piernas unas formidables anillas de acero ajustándose por momentos hasta triturar sus músculos y huesos, emitía un agudo grito de pavor, de angustia, de impotencia ante lo inevitable, de lo que él era la primera víctima.

Se precipitó sobre Dentón, empujándole con violencia, esperando que la acción enérgica, el desplazamiento del cuerpo del cosmonauta, diera fin a la paulatina presión de aquel gas insólito y aterrador, filtrado sólo Dios sabía cómo en el interior de la nave.

—Pero, ¿qué significa? —jadeaba, entretanto, la voz de Chang.

El empellón de Héctor a su subordinado, no sirvió de nada. La

niebla, enroscándose maligna en el aire de la nave, se limitó a seguir adherida a él como algo viscoso, como un animal gaseoso, incapaz de despegarse ya de su presa.

Dentón se inclinó, tambaleante, y sus manos trataron de hacer algo. Inútilmente, los dedos se hundieron entre la niebla, como tratando de amasar algo ingrávido, que fluía de las manos, evasivo. Estaba jadeando, sentía miedo y su voz sonó ahogada:

—Frío... Tengo frío... —jadeó—. Un frío terrible. Las piernas están... como heladas... Y ese frío sube... Sube a mi cuerpo. Casi siento agujas... de hielo... en mi cerebro...

Pareció enloquecido cuando estiró sus dedos nerviosamente en estéril lucha contra las espirales de niebla. Luego subió las manos a su cabeza entre volutas de niebla desgajada. Presionó sus sienes con un largo ronquido, con un murmullo espeluznante de miedo, de angustia, de dolor acaso...

Después, inesperadamente, a la vista de todos, la niebla se volatilizó. Sobre las botas del atavío de astronauta de Dentón, se quedó solamente una especie de humedad, un rocío púrpura, goteando inofensivo.

Y Denton, sudoroso, lívido, con un estertor, se abatió. Cayó de bruces sobre el suelo aséptico de la nave...

Todos se mantuvieron quietos, inmóviles, como sobrecogidos. Nadie atinó a decir nada, hasta que sonó la voz ahogada de Alpha, cuyas manos se crispaban, trémulas, contra los hombros y torso del capitán de aquel viaje alucinante.

—Héctor... Está... muerto, ¿verdad? —musitó, estremecida.

Héctor no dijo nada de momento. Se aproximó despacio al caído. Comprobó que no había más rastro de niebla en el lugar en torno suyo. Se inclinó sobre Dentón. Lo examinó. Al incorporarse parecía perplejo. Se limitó a murmurar moviendo la cabeza con aire dubitativo:

—No lo entiendo, Alpha. Está vivo. Simplemente, duerme. Eso es; duerme una apacible siesta...

*

—Duerme, Héctor. ¿Es que no lo entiendes?

El alzó la cabeza. Miró, pensativo, a Alpha. Chang estaba junto a ella, abstraído.

—Entender, ¿qué? —preguntó, dejando de transcribir en el teclado grabador de a bordo, las últimas impresiones a consignar en su magnetofónico diario—. No sé de qué hablas, Alpha. El doctor Barrow ha examinado ya a Dentón. Su estado es normal. Nada le ocurrió. Su temperatura y estado actual no inspiran cuidado. Eso lo aclara todo.

—¡ Eso no aclara nada! —gritó ella, exasperada—. ¡ Héctor recuerda lo que dijo Galaxy sobre esa «niebla» o lo que sea!

—¿Qué dijo Galaxy, Alpha? —se interesó vivamente Chang, acercándose a ellos.

—Mencionó la niebla. Es lo más peligroso de este planeta. En realidad es un gas viviente y pensante —explicó ella, exaltada—. ¿Entiende, Chang? Y además se apodera de las personas a quienes ataca¡ cuya forma física y mental usa para atacar luego a los demás.

—Cielos. Entiendo ahora —miró Chang a Héctor—. ¿Se ha dado cuenta, comandante, de lo que todo eso podría implicar? Si esa niebla se apoderó ya de. Dentón...

—Tonterías, Chang —se irritó el comandante—. Hablé de eso a Barrow. Hemos hecho a Dentón, mientras dormía, un análisis encefalográfico y psicotécnico. Lo ha pasado limpiamente. Es él, ¿comprende? No hubo alteración. Su mente nos «dijo» que había sido atacada por un fluido extraño, pero que logró contrarrestarla con sus defensas naturales. ¿Responde eso a sus dudas?

—Bueno, tendrá que convenir conmigo, Alpha, en que... sí, eso responde claramente a todo posible temor suyo —sonrió Chang, apacible, volviéndose a ella—. La naturaleza humana fue lo bastante fuerte para resistir las facultades de esa niebla inteligente, y eso debe regocijarnos a todos.

—Pero Chang, Héctor —se exasperó Alpha, preocupada—. ¿Y si esa niebla fuese demasiado inteligente, incluso para un detector mental que puede resultar vulgar a sus poderes mentales, y les hubiera engañado desde dentro de la mente de Dentón?

Chang boqueó, sorprendido. No atinó a responder. Cambió una mirada vacilante con Héctor que, de repente, había arrugado el ceño con sorpresa y desorientación también.

—Obstinada y molesta, cabeza de chorlito —se enfureció, mirando iracundo a Alpha—. Voy a probarte de una vez por todas que tus fantasías no tienen sentido ahora y que Dentón es tan normal como cualquiera de nosotros. Bastará con que...

En ese instante parpadeó la luz de llamada de urgencia sobre la cabeza de Héctor en su cámara de comandante de la nave. Se volvió él, sorprendido, apresurándose a mover el dial que hacía funcionar el sistema de comunicación dentro de la astronave humana hacia los astros.

—Comandante —dijo, seco—. Informe. ¿Qué sucede?

—¡Aquí la enfermería, comandante! —sonó agitada la voz de Barrow Su rostro se reflejó, descompuesto, en el azul espejo fluorescente de la televisión interior—. ¡Algo ha sucedido!

—¿Qué es ello, Doc? —indagó Héctor, alarmado.

—Dentón, señor. Ha desaparecido. De repente despertó y nadie le

vio salir...

—Búsquenle. No parece demasiado grave, Doc.

—Es grave, señor —musitó Doc Barrow, con voz angustiada—. Antes de ausentarse de aquí, Dentón. Dentón ha asesinado a Martín, que me ayudaba en el laboratorio.

*

Asesinado.

Sí. Era la palabra justa.

Contemplaron todos a Martín, el hombre meridional, bronceado y saludable. Había ido a las estrellas, simplemente para encontrar la muerte. Una muerte atroz, a manos de un camarada. Dentón le había asesinado. Estrangulándole con increíble fuerza física, estrujando su cuello en una presa mortal y rápida, cuyas huellas eran bien visibles en su piel violácea, bajo el rostro deformado.

—Dentón un asesino... -—Héctor meneó la cabeza, perplejo—. No puedo entenderlo. No puedo entenderlo en modo alguno...

—La niebla, Héctor. La niebla... —le recordó Alpha, con voz ahogada—. No olvides el informe electrónico de Galaxy. Dijo la verdad. Penetra en un ser, lo absorbe... y ataca, utilizando sus propias fuerzas. Todo coincide.

—Pero..., pero Alpha, yo mismo hice el electroencefalograma de Dentón, estudié sus reacciones psíquicas. Eran las suyas, las de su propia ficha psicotécnica. No vi una sola diferencia. El computador de fichas clínicas dio resultados iguales.

—Doc, yo entiendo algo de psicología y de otras cosas —dijo Alpha, con expresión pensativa—. Pero no entiendo nada de otras formas de vida. Sin embargo, esa fuerza, materia, «cosa» o lo que sea, tiene un extraño poder, más allá de todo lo humano. Si puede apoderarse de una mente humana, ¿por qué no podría controlarla, hasta el punto de identificarse en apariencia con ella, haciéndola actuar como si fuese normal? De ese modo engañaría a cualquiera. No solamente a usted, Doc, sino incluso a la precisión analítica de los métodos científicos modernos de exploración humana.

—Es posible, pero suena tan fantástico... —jadeó Doc.

—Fantástico... —Héctor tuvo un gesto de amargura, evocó su experiencia más allá del universo, la que los demás habían olvidado. Y musitó—: Nada es fantástico realmente, cuando se ha llegado adonde nosotros hemos llegado, Doc.

—Sí, es cierto —suspiró el médico. Se volvió, contemplando pensativo a Chang, a Alexis, que no se separaba de Alpha, mientras Nadia estaba examinando las fichas computadas sobre la mente de Dentón, sin encontrar en ellas novedad alguna—. Señores, si esa

«niebla» es tan peligrosa, habrá que hacer algo para combatir sus efectos.

—Algo, ¿cómo qué? —quiso saber ingenuamente Alexis.

Hubo un silencio. Todos se dieron cuenta de lo poco que sabían al respecto, de la escasez de sus conocimientos en la materia, de lo limitado de su capacidad ante tamaño problema.

—Estudiaremos algo —murmuró cansadamente Héctor—. Entretanto, sí les daré a todos una orden: ¡busquen a Dentón! No se acerquen a él. Utilicen, si dan con él, un arma narcótica o algo parecido. Pero recuerden que ya no es él, sino un «extraño». Puede reaccionar a la droga o no. De modo que no se fíen. Y recuerden que Dentón, en estos momentos, es un paciente enfermo con la más rara de las enfermedades. Pero también es un asesino en potencia, un enemigo. Si no puede ser curado, atendido, salvado de ese «algo» que domina su mente... habrá que matarle.

E inclinó la cabeza, como agobiado por la tremenda significación de la orden dada a su tripulación estelar.

# CAPITULO II

Se habían formado dos grupos de búsqueda compuestos respectivamente por Coplan, Ébano y Perth, y por Alexis, Chang y Barrow. Ambos armados con disparadores de cargas narcóticas muy concentradas. Y también con armas letales, de mortífero impacto.

Con sus trajes espaciales, tras adoptar toda clase de precauciones, comenzaron a recorrer el desconocido mundo en que se hallaban.

Las zonas pantanosas, los dinosaurios y las enormes aves similares a los terrestres pterodáctilos de la prehistoria de su propio planeta, abundaban por doquier. Pero también había yermos calientes, donde sus trajes térmicos podían resistir la temperatura del suelo sin destruirse, y por allí iniciaron la búsqueda en tomo a la nave.

Se había reparado en lo posible sus destrozos, cubriéndolos con planchas elásticas de materia plástica, resistente y firme. Más por evitar la entrada de la fatídica niebla, que para cualquier otra cosa. Uno de los monstruos apocalípticos de aquel mundo en formación, lejano y hostil a sus primeros pobladores inteligentes, no tendría mucho trabajo ni siquiera para aniquilar la nave entera, en cuanto las radiaciones eléctricas de alta tensión, que formaban su única protección actual en el casco, pudiera fallar con la dura epidermis de aquellas fabulosas criaturas ya extinguidas siglos y siglos atrás sobre la Tierra remota de donde llegaron ellos.

La niebla era su preocupación constante.

—La niebla —susurró Alpha, estremecida su morena belleza. Se volvió a Nadia y también a Ingrid, la platinada y hermosa mujer que, con ellas dos, formaba el trío femenino a bordo—. Me pregunto qué será...

—Formas de vida diferentes, insospechadas —Ingrid se encogió de hombros. La luz rojiza y espectral de aquel mundo increíblemente lejano, despidió reflejos fantásticos de su larga melena de plata—. Encontraremos cosas tan terribles aquí en estos confines del universo, amigas mías...

—Me pregunto si habrá valido siquiera la pena de todos nuestros afanes y esfuerzos por sobrevivir —dijo, cansadamente, Nadia.

—Siempre vale la pena sobrevivir. O intentarlo, cuando menos —le reprochó Alpha a la bella matemática—. Nadia, no desfallezcamos ahora. Creo que, aunque somos mujeres, ellos nos necesitan. Héctor, nuestro comandante, y todos los demás. Están asustados. Aterrados, diría yo. Si nosotras revelamos nuestro propio miedo, tal vez los acomplejemos. Si nos ven llenas de valor y decisión, todo será muy diferente...

Miraron las tres mujeres, en silencio, hacia el lugar donde Héctor trabajaba intensamente, estudiando los análisis que Galaxy le iba proporcionando del planeta en que se hallaban. La luz de la cabina del comandante era la única que mostraba luz en el eterno crepúsculo diabólico de aquel mundo convulso.

—Sí —musitó Nadia—. Creo que tienes razón, Alpha. Hemos de mostramos fuertes. Más fuertes que nunca...

Ingrid giró la cabeza de súbito. Señaló hacia un punto en el yermo caliente, no lejos .de la orilla del burbujeante mar de lodo en ebullición.

—Mirad —señaló—. Creo que vamos a poder disponer, para estudio, de algo realmente importante, con vistas a conocer a los monstruos que pueblan este lugar...

Ellas miraron también. Alpha lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Un huevo! —exclamó—. Posiblemente un huevo de dinosaurio...

—Posiblemente —suspiró Ingrid—. Es oval, tiene un color dorado... Voy a recogerlo.

—Ten cuidado. Puede haber contaminaciones insospechadas en este planeta...

—Lo comprobaré previamente —asintió Ingrid, contemplando aquella forma ovoide, casi oculta entre piedras rojizas. Agitó su pequeño detector magnético—. Graduaré cualquier posible contaminación antes de tomarlo. Además, los guantes son herméticos y con capa esterilizante. Espero que todo eso sirva de algo...

Se encaminó hacia el dorado huevo, que sólo podía pertenecer a una de las horribles criaturas del planeta caliente. Posiblemente un huevo prehistórico a punto de producir un nuevo ser, alado o no. Las especies en aquel planeta se reproducían, aparentemente, por medio de huevos.

Alpha y Nadia giraron la cabeza al percibir un leve rumor en la planicie estéril. Sus sensibles audífonos interiores, en el uniforme espacial, les reveló la proximidad de pasos humanos. Vieron aparecer a la patrulla formada por Alexis, Chang y Doc Barrow. No parecían haber tenido éxito alguno. Su aspecto era de cansancio.

—¿Cómo resultó la cacería? —fue la primera pregunta de Nadia a los expedicionarios.

—Negativa —masculló de mal humor Chang, sombrío su rostro oriental—. No hallamos a Dentón. Ni rastro del lugar adonde pudo escapar.

—Acaso murió en una de esas horrendas ciénagas hirvientes —sugirió Barrow, abatido.

—Sería lo mejor que pudo sucederle, si no disponemos de medios de volver a hacer de él un ser normal —comentó con sequedad Alexis

—. Hemos de pensar que ya no es Dentón, si algo de este mundo penetró en su cerebro, alterándolo.

—Lo que hemos comprobado es que la supervivencia aquí va a ser muy difícil —jadeó Barrow, moviendo su cabeza en sentido negativo —. Todo es igual; feo, hostil, primitivo y violento. Un infierno, muchachas.

—Así fue Ia Tierra una vez —le recordó Alexis—. Y el hombre la domó, ¿no, Doc?

—Yo no lo vi, Alex —se irritó Barrow—. Y esto sí lo veo... ¿Dónde anda Ingrid?

—Allí —señaló Nadia—. Ha encontrado algo. Un huevo gigante. Posiblemente de algún ave prehistórica...

—¡Un huevo! —exclamó Barrow, jovialmente—. Bueno, eso puede ayudamos...

Se dirigió hacia ella, resueltamente. Ingrid ya traía en sus manos aquella forma ovoide, de suave color oro apagado. La manejaba con sumo cuidado.

—No había radiación alguna —señaló—. Su grado de contaminación es cero...

—Perfecto —aprobó Chang, interesado—. Iremos a ver al comandante con eso. Tal vez los análisis nos permitan descubrir cosas nuevas sobre los entes de este feo planeta.

—Nosotros nos quedaremos aquí, vigilando esto —señaló Alexis—. Ingrid, entre usted a ver al comandante con su hallazgo.

—Sí, vamos —asintió Alpha—. Yo te acompañaré, Ingrid.

Las dos mujeres entraron en la nave. Los demás se quedaron en el exterior, aguardando a la segunda patrulla. Lo cierto es que, aun siendo un espantoso mundo aquél, sin ningún atractivo para contemplarlo, les fascinaba seguir en el aire libre, fuera del encierro de la nave, con la que se desplazaran desde la Tierra a través de tantos lugares inverosímiles del espacio.

Las dos mujeres entraron en el corredor cilíndrico por donde se alcanzaba el despacho privado de Héctor, el almirante de aquella extraña singladura cósmica. Se miraron, sonrientes, siempre con Ingrid sosteniendo aquel dorado huevo.

—Espero que todo vaya mejor de ahora en adelante —musitó Alpha, alisando pensativamente el plástico de vivo color de su traje espacial, en un instintivo gesto muy femenino, que allí parecía algo desplazado.

—Seguro, querida —sonrió ampliamente Ingrid—. Todo irá mejor, ya lo verás...

E, inesperadamente, estrujó aquel dorado huevo que sostenía en sus enguantadas manos brillantes.

El huevo se quebró con un crujido seco y brusco. Nadia lanzó una

exclamación de pesar contemplando aturdida el ovoide dorado, roto por la presión imprudente de su compañera.

—¡Ingrid! —gimió—. ¿Qué es lo que has hecho?

En ese preciso momento emergió del huevo aquella materia. O lo que fuese.

Eran gotas. Goterones gruesos, purpúreos, que al caer al suelo se convertían rápidamente en humo, evaporándose en densas volutas, formando..., ¡formando una niebla súbita!

—¡Oh, no, no! —chilló con horror Alpha, retrocediendo ante Ingrid—. ¡ Es ese vapor, la neblina de la muerte! ¡Ingrid! ¿Qué has hecho?

Y la hermosa, rubia y sensual mujer de nórdica belleza, en vez de lamentarse o poner gesto de contrariedad, sonreía extraña, fría, demoníacamente...

—Querida, he dado suelta a una criatura más que pedía vivir —musitó—. Uno de nosotros.

-—¿De... nosotros? —jadeó Alpha, angustiada, lívida.

—Sí, Alpha —tendió sus manos enguantadas hacia ella. Su sonrisa era inhumana, cruel, maligna. Sus ojos tenían un extraño resplandor cárdeno, y sus sienes palpitaban en exceso—. Yo... yo no soy ya tu amiga Ingrid..., sino otro ser invadido por la niebla...

Alpha emitió un largo alarido de horror. Extendió sus brazos, desesperada.

Todo inútil. Ingrid..., o lo que quedase de ella, se precipitó sobre la hermosa muchacha.

*

Galaxy estaba parpadeando.

Galaxy estaba emitiendo un sonido sibilante y agudo, a la vez que parpadeaba su tablero.

Alarma general.

Dentro de la nave había peligro. Peligro inminente.

Los sistemas automáticos de la gran computadora, obraban inmediatamente para proteger a la nave de todo riesgo. Había dado la alarma. Seguía dando la alarma.

Héctor se puso en pie de un salto. Abandonó sus trabajos. Oprimió, frenético, una tecla roja, mientras tomaba de su tablero un arma letal.

Galaxy respondió rápidamente a la urgente llamada de su amo.

En la pantalla del computador, sobre el fondo rojo de alerta, aparecieron palabras ciarás, reveladoras :

«Niebla a bordo.

Persona contaminada.
¡Peligro!»

Era suficiente. Héctor sintió que se le erizaban los cabellos en la nuca.

Estaban tan indefensos contra esa niebla, como los primeros pobladores humanos ante las enfermedades más terribles. Aun así, algo había que hacer. Aquello, fuese lo que fuere, estaba dentro de la nave. No había tiempo que perder.

Se precipitó, arma en mano, hacia la puerta. Se detuvo, vacilante. En alguna parte de la nave, sonó un agudo grito de mujer.

Una mujer...

Podía ser Nadia, Ingrid, Alpha... Cualquiera de ellas. Y si era Nadia...

—¡Nadia! —aulló, exasperado. Y abrió la puerta, saliendo al corredor cilíndrico.

Se detuvo en seco. Contempló la escena con horror.

No. No era Nadia. Eran Alpha e Ingrid.

Las dos luchaban. En medio de una humareda púrpura, siniestra. La humareda reptó, se movió hacia él, deslizándose por encima de dos fragmentos de un extraño y quebradizo huevo gigante color dorado.

—¡Comandante, es Ingrid! —chilló Alpha, desesperadamente-—. ¡Es Ingrid la poseída! ¡La niebla está dentro de ella! ¡Lo ha confesado! ¡Ella rompió ese huevo maldito, que contiene la niebla!

Héctor se quedó indeciso. No podía disparar, o la carga mortal envolvería a ambas mujeres. La niebla, entretanto, se movía hacia él, como un susurrante, malévolo y astuto enemigo. Como el más sinuoso e impalpable reptil venenoso de todos los mundos habitados y sin habitar...

—¡Alpha, apártate! —gritó roncamente Héctor. Alpha forcejeó con Ingrid un momento. Luego, se apartó. El rostro de la platinada belleza se volvió, con malvada sonrisa, hacia Héctor.

—Estáis perdidos —musitó con tono triunfal—. Todos... Todos seréis poseídos pronto. ¡Todos seréis parte de nosotros en breve, comandante Héctor!

Héctor no dijo nada. Fríamente, disparó. Disparó contra Ingrid una carga mortal de su arma de proyectiles disolventes.

Le dolió. Pero tuvo que hacerlo.

Tenía que hacerlo y lo hizo. Mató deliberada, implacablemente, a una hermosa mujer, que además formaba parte de su propia tripulación. Que era la enamorada de Ébano. Que era necesaria para iniciar una nueva Humanidad, precisamente porque ella era una de las tres únicas mujeres, supervivientes de la humana especie...

Y la había aniquilado.

Apenas un chispazo súbito, un centelleo. El grito ronco de Ingrid. Luego, nada. Ni nadie.

Ingrid, convertida de súbito en una especie de perfil luminoso, luego se volatilizó, dejando en el suelo un simple polvillo blancuzco; el tejido de su indumentaria espacial. De ella, ni rastro. Aquellas cargas producían esos efectos.

—Dios mío... —jadeó, lívido, sudoroso, contemplando el vacío que ella ocupaba antes del disparo mortífero—. Espero haber obrado bien...

—No podía hacer otra cosa, comandante... —musitó Alpha, exhausta—. Ella..., ella era a muerte. Ya no era Ingrid, sino un ser extraño y cruel...

Héctor no respondió. Contemplaba la neblina que, súbitamente, habíase escurrido hacia atrás, deslizándose en busca de una salida. Pasó veloz ante Alpha sin tocarla. Se perdió por algún conducto de salida de aire. Desapareció, tan súbitamente como apareciera.

—Dios... —Héctor hubiera querido entender todo aquello. Pero no lo entendía—. Esa niebla maldita... Se fue, Alpha.

—Sí, se fue... ¿Por qué, comandante?

—No lo sé. Tampoco sé cómo pudo Ingrid ser dominada por... por «eso». ¿No estaba en el exterior con vosotras?

—Sí. También estaba Nadia con nosotras, comandante. No nos separamos un momento..., salvo cuando Ingrid vio ese huevo dorado en las rocas. Fue a tomarlo. Regresaba entonces la patrulla de Chang, sin hallar ni rastro de Dentón. Volvió con el huevo, normalmente. Apenas si se alejó medio minuto de nosotras. No pudo ser entonces...

—Pues sin duda fue entonces, Alpha —rectificó, seco, Héctor. La contempló, sombrío—. A menos...

—A menos, ¿qué? —ella le miró, interrogante.

—A menos que me estés mintiendo, Alpha.

—¡Comandante! ¿Mentirle yo? —se asombró Alpha.

—¿Por qué no? Esa niebla, si se apodera de uno, puede obrar de distintas formas. Imagino que será como una criatura de millones de cerebros... o millones de criaturas diferentes. Ella, la pobre Ingrid, habló de... de «nosotros». En plural. Alpha, tú podrías ser una de «ellos».

—Cielos, comandante... —el horror se pintaba en el bello semblante moreno—. ¿Se da cuenta de lo que dice?

—Me doy cuenta de muchas cosas, Alpha. Incluso de la posibilidad de que tú me hayas hecho matar a Ingrid para ganarte mi confianza y la de todos para fingir que eres una de nosotros, sin serlo ya. Me doy cuenta de que mis sospechas pueden ser ciertas... o monstruosas. Me doy cuenta de todo, Alpha. Incluso de que esta situación ofrece ahora un aspecto aterrador.

—¿Cuál, comandante?

—Que, desde este momento, ya no habrá paz entre nosotros. Todos pensaremos, interiormente, que los demás pueden ser de «ellos». Y no nos fiaremos uno de otro. Nos miraremos como a extraños, con odio, con inquietud, con miedo…

—Sí, comandante —Alpha inclinó la cabeza, abatida—. Y quizá, lo peor de todo, es que alguna de esas veces acertemos.

—En efecto —murmuró el comandante, sombrío—. Eso será lo peor de todo…

# CAPITULO III

Ébano aún sollozaba, acurrucado allá al fondo de la cámara amplia de reuniones. Los demás guardaban piadoso silencio. Galaxy trabajaba sordamente, como contagiado del clima de recogimiento de a bordo en aquellos terribles momentos.

—Pobre muchacho —murmuró Nadia, oprimiendo un hombro de Ébano con calor—. Él es quien más sufre en estos momentos...

Nadie dijo nada. Ébano seguía emitiendo ahogados sollozos de dolor. Entre sus morenos dedos estrujaba una prenda de Ingrid, patéticamente. Era todo lo que poseía ahora de ella.

—Es horrible —masculló Héctor, incorporándose y dejando los controles de la computadora—. Y pensar que yo, yo mismo, tuve que hacerlo...

—Exacto, comandante —dijo fríamente Alexis—. Tuvo que hacerlo, recuerde bien eso. Todos tendremos que hacerlo si se presenta la ocasión. Es inevitable.

Perth rogó a Héctor que se apartase de la máquina electrónica. Se puso él en su lugar. Héctor, fatigado, se aproximó a Nadia. Ella le miró cálidamente.

—Estás agotado —murmuró—. ¿Por qué no descansas?

—No —negó el comandante—. No puedo irme a descansar sin saber lo que la sección de análisis de. Galaxy nos dice sobre el estudio de ese huevo dorado.

—¿Eso resolverá algo, Héctor?

—No lo sé, Nadia. Posiblemente todo siga igual, pero quiero saber qué es esa niebla, qué clase de «criatura» o lo que sea, se aloja en esos huevos diabólicos. Y por qué escapó la niebla ante mí, cuando podía ser fácil presa suya. Y tantas otras cosas que no logro imaginar, Nadia.

—Todos luchamos por entender, pero es inútil.,. —musitó Nadia. Luego habló despacio—: Tú..., tú ya sabes ahora que los demás, la segunda patrulla... sí encontró a Dentón, ¿verdad?

Un silencio profundo. Luego, un asentimiento.

—Sí —sonó hueca la voz de Héctor—. Lo sé ahora. Sé lo que tuvieron que hacer con él, maldita sea...

—Pues bien. Perth tuvo que matarlo. Tuvo que hacerlo aunque le temblaba la mano. Y Ébano fue testigo. Por eso solloza ahora. Por eso no te reprocha nada, ni lo hará nunca. Porque vio a Dentón... o lo que quedaba de él.

Otro silencio. De un manotazo, Héctor se enjugó el sudor de su frente. Miró alterado, lívido, ante sí, a un punto del vacío.

Perth giró la cabeza. Escuchaba la conversación. Añadió, sombrío:

—No sabe lo que era ver a... a «aquello». Ni siquiera parecía ser Dentón. Era..., era sólo una masa medio humana, medio líquida. Gaseosa también, sí. Nauseabundo, comandante. De Dentón sólo quedaba su rostro, sus brazos, algo de su cuerpo. Lo demás era como pasta blanda, como gelatina o algo así, reptando por el suelo hirviente, sin sentirlo. De esa especie de informe bulto gelatinoso, casi líquido, como barro púrpura, subía un gas, una niebla hedionda, repugnante. Cuando disparé sobre su cráneo..., creo que, en algún rincón de su mente, despertó algo de lucidez, de su propia voluntad indomable de ser humano, para darme las gracias, para reconocerme el favor que le hacía al acabar con aquella metamorfosis espantosa...

Los demás habían oído lo que decía. Coplan sabía lo que era, porque lo había vivido. Ébano sollozó con más fuerza, pensando acaso en lo que hubiera sido para él ver a su amada Ingrid de esa forma...

El silencio era espeso, como una losa abatiéndose sobre todos los reunidos en la cámara de la nave. Por unos momentos solamente se pudo percibir el zumbido de los sistemas de la gran computadora. Galaxy trabajaba a toda presión para averiguar la naturaleza de aquel ovoide dorado, y quizá incluso de lo que contenía en principio.

—Hace calor aquí —jadeó roncamente Barrow, secándose el sudor.

—¿Calor? —Chang negó, rotundo—. No, Doc. El sistema de refrigeración funciona a toda fuerza. De no ser así, en este maldito homo nos abrasaríamos sin remedio. Este planeta echa fuego por todas partes.

Perth comprobó ese punto. Afirmó con la cabeza.

—Sí, Doc —confirmó—. La refrigeración va a tope. Pero el calor externo es muy intenso. Y nosotros estamos excitados...

—Excitados, sí. Y asustados.

Las palabras de Alexis, frías y cerebrales, produjeron un movimiento de inquietud. Todos giraron la cabeza hacia él.

—¿Asustados? —indagó Chang, no demasiado convencido de su protesta.

—Eso es. Asustados, medrosos, cohibidos. Tenemos miedo. Más miedo del que jamás tuvimos. Esa niebla es la causa. Esa niebla nos aterra. Más que ninguna otra cosa.

—Creo que nos asusta la niebla... y nosotros mismos.

Había hablado Ébano. Eran sus primeras palabras. Ya no sollozaba. Sus ojos enrojecidos aparecían serenos y como en calma. Miraban a todos con firmeza.

—¿Qué quiso decir con eso, muchacho? —se interesó Barrow, enarcando las cejas.

—Nos tenemos miedo, doctor.

—¿Nosotros? —dudó Coplan, estremeciéndose y desviando la

vista.

—Sí, Coplan. No sea hipócrita. Todos pensamos igual ahora.

—Ébano tiene razón —afirmó rotundo Héctor—. Tenemos miedo de nosotros mismos. Tememos ser... «extraños». Estar invadidos por esa niebla, dominados por su maligna influencia. Ya hablé de eso con Alpha, apenas sucedió lo de Ingrid. Va a ser lo peor de cuanto nos está sucediendo. Es un terror instintivo, una desconfianza que, por desgracia, siempre fue un defecto terriblemente humano.

—Desconfianza... —Alexis afirmó—. Es posible, sí. Creo que eso es lo que sentimos. Sabemos ahora que cualquiera de nosotros... podría tener dentro esa niebla. Y la niebla, criatura única o múltiple, empieza a investigamos, a saber entendernos. Actuará cada vez con más astucia, con renovada sagacidad, controlando sus propios impulsos vitales, adaptándose a nuestro propio cerebro, y sacando de la situación el mayor partido posible. En suma, mis queridos compañeros, en este momento nuestro comandante, yo mismo y quizá todos ustedes estamos pensando lo mismo: que la niebla puede formar parte ya del grupo, en uno o en varios de sus componentes, y estar simplemente al acecho, esperando su ocasión para dominamos a todos. Y ése será el fin. El fin de todo y de todos, sin remedio.

Nadie respondió a eso. Porque en el fondo todos estaban convencidos de la tremenda verdad que encerraban aquellas palabras.

En ese momento habló Perth:

—Lo tengo, amigos... Galaxy nos da su informe.

*

Galaxy había analizado los fragmentos del dorado huevo misterioso. Y también de algunos residuos de su interior.

El informe estaba allí, a la vista de todos:

«La niebla mortal es pura energía mental. Se produce dentro de ciertos huevos depositados por aves de lejanos parajes. Si se destruyen a tiempo, perece su contenido.

»La niebla es inteligencia pura. Primero en estado gelatinoso, al contacto con el oxígeno se toma líquida. Por fin, gaseosa. Penetra por los poros y sube al cerebro humano por los nervios.

»Dominio total de la mente. Inexperiencia en su actual juego. Pero capaz de habilísimo desarrollo en breve tiempo.

«Solamente hay un medio de combatirla. Y es...»

Todos miraron a Perth, que tenía fruncido el ceño. Le apremiaron:

—Y bien. ¿Dónde está el resto del informe?

Perth presionó varias teclas de Galaxy. Se apagó el texto en la

pantalla. Al fin, apareció una frase demoledora:

«Imposible seguir. Avería.»

—¡Avería! —aulló Chang, furioso—. ¡Ahora resulta averiado Galaxy!

—Entiendo —dijo fríamente Héctor—. La niebla.

—¿Qué? —todos se volvieron a él, asustados.

—La niebla. Dominó a la máquina. Provocó una interferencia para evitar que Galaxy nos diese la solución para terminar con la niebla.

—¿Crees que existe esa solución, Héctor? —dudó Nadia.

—Tiene que existir. En otro caso, la niebla no hubiese huido ante mí. Ni Galaxy se hubiese averiado tan inoportunamente para nosotros..., y tan oportunamente para «ellos».

—Bien, pero entonces, ¿qué es ello? —indagó Alexis.

—No lo sé. No puedo saberlo —se frotó las sienes, furioso—. Es algo, algo que hay en esta nave. Si pudiera descubrirlo... Tal vez entonces lográsemos un arma contra ese gas maldito. Y un medio para detectar a cualquier posible «extraño» entre nosotros...

—Héctor, tú recordarás los detalles —murmuró Nadia—. Estabas solo, con Ingrid y con Alpha...

—Yo me esforcé ya cien veces en lo mismo —manifestó Alpha, pensativa—. No he logrado nada. No sé lo que pudo suceder. Salvo el disparo del comandante, no sucedió nada anormal en el corredor. Luego escapó. Pero no creo que la carga letal le causara daño alguno.

—No, no creo que fuese eso —masculló Héctor, irritado—. Tuvo que ser algo diferente, sí. Pero, ¿qué?

Nadie tenía esa respuesta. De modo que nadie respondió a sus interrogantes.

Y si había «alguien» entre todos los supervivientes de la expedición galáctica que hubiese podido revelarlo..., se cuidó mucho de no hacerlo.

*

—¿Qué haces aquí?

Héctor se volvió bruscamente, sobresaltado. Miró a Nadia. En sus ojos brilló cierta desconfianza instintiva. Luego, se apresuró a rodearla con un brazo. Besó sus labios.

—Perdona —musitó—. No puedo evitarlo.

—¿Sospechaste también de mí? —murmuró ella amargamente.

—Ya te dije que no pude evitarlo. Sospecho de todos. A veces, incluso de mí mismo. Me pregunto si sería posible poseer dentro esa energía mental en forma de gas... y no saberlo siquiera.

—No, no creo que ello sea posible —le contempló. Luego, miró el corredor cilíndrico y se estremeció—. Cielos, este lugar... ¿Qué es lo que estás haciendo, Héctor?

—He venido a recordar, a tratar de reconstruir, Nadia. Quiero saber. Saber qué sucedió...

—¿Todavía metido en eso? Oh, por Dios, Héctor, vas a enloquecer...

—Enloqueceré si sigue este misterio atenazándonos con su pavor, con su angustia sin fin... Nadia, debo descubrirlo, sea como fuere. No descansaré hasta lograrlo... —se movió en el corredor de curvo suelo, curvos muros, curvo techo—. Yo estaba aquí. Justamente aquí... y entonces sucedió. Ellas peleaban. Avisé a Alpha. Pudo apartarse. Disparé. Cayó ella, Ingrid. Se volatilizó. Yo miraba entretanto la niebla, la veía reptar hacia mí... Sabía que contra eso no tenía la menor posibilidad, pero debía esperar, intentarlo... Huir no resolvería nada.

—Sigue —le animó ella—. Vamos, Héctor, trata de recordar... ¿Qué más sucedió?

—Entonces..., entonces vi la niebla. La vi retroceder lentamente, como asustada por algo. Fue ahí, ahí mismo... Alpha hablaba, aterrorizada, yo le respondí algo... Y la niebla se alejaba, se alejaba...

Nadia llegó al punto señalado por Héctor. Se inclinó sobre el suelo, junto a las rendijas del sistema de refrigeración de la nave. Se estremeció levemente.

—Hace frío aquí —señaló—. La refrigeración va demasiado fuerte ahora, Héctor... No, no veo nada. No hay nada.

—Espera —Héctor la miró fijamente. Sus ojos brillaban—. ¿Qué dijiste?

—¿Yo? Que no veo nada. Aquí no hay indicio alguno de...

—No, no. Antes de eso. ¿Qué mencionaste?

—La..., la refrigeración. Hace frío y...

—Eso es —el rostro de Héctor se transfiguró. Sus ojos eran dos brasas—. ¿Entiendes, Nadia? Tú diste con la solución sin darte cuenta...

—Pero, ¿qué quieres decir?

—La refrigeración... Frío, Nadia. Frío, ¿entiendes? La niebla... La niebla es sensible al frío. En un planeta ardiente, abrasador, en ebullición..., su criatura viviente, su energía mental... tiene frío. La refrigeración es el arma defensiva de la nave de nosotros todos. ¡Y el frío, concentrado..., el arma agresiva para aniquilarla!

Se volvieron al oír rumor de pasos. Contemplaron, sorprendidos, a la persona erguida en el corredor.

—Hola —saludó Héctor—. Creí que estaría afuera en su puesto...

—Héctor es maravilloso —dijo Nadia, excitada, dirigiéndose al

recién llegado—. ¿Sabe algo? Hemos descubierto el arma contra la niebla. Es...

—Nadia, no te molestes —cortó seca, duramente, la voz del comandante—. Creo que él ya sabe eso...

—¿Cómo? —pestañeó Nadia.

—Sí —sonrió Doc Barrow—. Héctor, como casi siempre, tiene razón, Nadia. Yo lo sé ya.

—Pero..., pero no es posible... —se sorprendió Nadia.

—Claro que es posible —dijo Héctor—. ¿No te das cuenta de su expresión, Nadia? Nuestro buen médico, el doctor Barrow... ya no es él. La niebla le domina. Le ha dominado hace ya tiempo, pero esta vez obró astutamente. ¿No ves que no se aproxima a los conductos de refrigeración... y que antes, en la sala de reuniones, alteró con su poderosa mente el control refrigerador, provocando calor, necesario para su existencia?

—Muy astuto, Héctor —sonrió Barrow, cruel—. Te felicito. Pero éste es el fin de los dos. De Nadia y de ti.

Extrajo algo de un bolsillo. Un diminuto, dorado huevo. Lo estrujó en sus dedos.

Goterones púrpura cayeron en el aire. Se hicieron gas. Y se movieron hacia Nadia y Héctor.

Repentinamente, los conductos de frío artificial habían dejado de enfriar el ambiente.

La energía mental controlaba la situación.

Y la niebla iba a hacer presa en Héctor y en Nadia.

Sería el principio del fin.

# CAPITULO IV

Y fue el fin.

Pero no como la poderosa mente de aquel planeta ideara. No como la niebla inteligente planeara. Algo falló en sus minuciosos planes.

Algo se opuso a su poder. Lo único que, en esos momentos no fue capaz de controlar. El único cerebro a bordo que podía vencer al peligro mortal de la Humanidad agonizante.

Galaxy.

De súbito, en el corredor cilíndrico, hubo como un estallido de gélido frío. Un viento helado penetró por las rendijas de refrigeración, barriendo todo, haciendo tiritar, como en el interior de un colosal frigorífico, a Nadia y a Héctor.

Abrazados, estremecidos, uno junto al otro, contemplaron con horror las consecuencias de la repentina avería en los sistemas refrigeradores.

Los efectos en Doc Barrow eran infinitamente peores.

Un alarido ronco, inhumano, brotó de labios del médico, poseído por «aquello». Se agitó, convulso, sacudido por escalofríos que eran como espasmos violentos. Su piel se tomó grisácea primero, oscura luego, hasta adquirir un tinte púrpura.

Más tarde se empezó a derretir.

Se derretía.

Como si fuese cera, gelatina o algo líquido... Se deformó, se fue extendiendo en goterones, mitad humanos, mitad alucinantes, amorfos, pastosos, nauseabundos. Despidió un hedor entre vapores cobrizos...

Héctor extrajo su arma. Disparó. Al fin había recuperado el dominio de su mente, controlada magnéticamente por aquel horror.

Doc Barrow, acaso, le agradeció desde el fondo de su mente la rápida muerte compasiva. La criatura gelatinosa, mitad líquido, mitad vapor hediondo, se disolvió, hasta forma un inmundo charco espeso y humeante.

Al fondo del corredor helado aparecían ahora a la carrera Perth, Ébano, Alpha, Chang, Alexis, Coplan.

—¡ Comandante, Galaxy nos avisa con urgencia de que hay peligro a bordo! —aulló Perth lívido.

—Lo había —dijo lentamente Héctor, estremecido de frío—. Si soportan ustedes esta temperatura sólo unos segundos, no habrá motivo para más sospechas. Sabremos que todos somos simplemente seres humanos. Nada más y nada menos que seres humanos, amigos míos...

—Galaxy descompuso el sistema de refrigeración —dijo Alexis, tiritando.

—No —sonrió Héctor—. Galaxy interpretó bien los hechos. Y actuó a su modo. Creo que nos ha salvado a todos...

*

Y así fue.

Les había salvado a todos. Empezaba una nueva vida para aquellos seres supervivientes de un planeta extinguido.

La lucha quizá no había hecho sino empezar.

Pero ante ellos había un mundo que conquistar, una Tierra nueva que levantar, una Humanidad nueva por crear.

Era mucho trabajo. Mucho. Pero ya se había hecho antes. Y se seguiría haciendo en otro lugar del cosmos, en otras estrellas, en otros confines.

El Creador permitía que su obra continuase.

Y ellos, los hombres, estaban dispuestos a hacerlo así.

Era el fin. Y el principio también...

# FIN

[1] La distancia Tierra-Plutón, de cinco mil novecientos noventa y cinco millones de kilómetros, se prevé, según cálculos científicos actuales, que podrá recorrerse, por medio de propulsión iónica, en un futuro bastante cercano, en no más de año y medio de viaje espacial. Por tanto, los cálculos hechos por los personajes de este relato, se ajustan con bastante exactitud a esas previsiones de la actual Ciencia Astronáutica. (N. del E.)

[2] Alusión a las teorías teológico-científicas de Pierre Teilhard de Chardin, en el que encontramos el concepto cósmico de Dios, la idea del amor como forma de entender el Universo y su objeto, siempre dirigiéndose hacia el Punto Omega, o un concepto de Dios como coronación del edificio evolutivo del ilustre jesuita, científico y teólogo.